

Cinco patios, revista estudiantil de la FFYL-BUAP

Año 1 · Número 2 · Publicación semestral · Primavera 2022



DIRECTORIO

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

Dra. Lilia Cedillo Ramírez
Rectora

Mtro. José Manuel Alonso Orozco
Secretario General

Mtro. Luis Antonio Lucio Venegas
Director General de Publicaciones

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Dr. Ángel Xolocotzi Yáñez
Director

Dr. José Gabriel Montes Sosa
Secretario Académico

Mtra. Mónica Fernández Álvarez
Secretaria Administrativa

Dr. Ricardo A. Gibu Shimabukuro
Secretario de Investigación y Estudios de Posgrado

Dra. Araceli Toledo Olivares
Coordinadora de publicaciones

CINCO PATIOS

Dr. Miguel Ángel Martínez Barradas
Director

Dra. Laura Yolanda Cordero Gamboa
Dictaminación

María José Jean Juárez (*COLLHI*)
Alexis Francisco López Hernández (*COLLHI*)
Jair Cortés Ramírez (*COHIS*)
Mariana Negrete Prieto (*COHIS*)
Kiara Jissele Hernández Mejía (*FILOSOFÍA*)
Ángel Juárez Aguilar (*FILOSOFÍA*)
Iris Ivana Figueroa Escobar (*ANTROPOLOGÍA*)
Xavier Ariel Salazar Tehuitzil (*ANTROPOLOGÍA*)
Carilú Cruz Islas (*PROCESOS EDUCATIVOS*)
Josué Miranda Mendoza (*PROCESOS EDUCATIVOS*)
Consejo editorial estudiantil



BUAP



CINTILLO LEGAL

CINCO PATIOS, REVISTA ESTUDIANTIL DE LA FFYL-BUAP, año 1, número 2, Primavera 2022, es una difusión periódica semestral editada en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, con domicilio en 4 Sur número 104, Centro Histórico, Puebla, Puebla. C. P. 72000, teléfono (222) 2295500, ext. 5492, <https://filosofia.buap.mx/content/revistas>. Director de la revista: Miguel Ángel Martínez Barradas, cincopatios.ffyl@correo.buap.mx. Reserva de derechos al uso exclusivo: (en trámite). Responsable de este número: Coordinación de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP, domicilio en Av. Juan de Palafox y Mendoza No. 229, Centro Histórico, Puebla, Puebla., C. P. 72000, publicaciones.ffyl@correo.buap.mx.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación ni de la FFyL.

Ilustración de portada y contraportada: *¿Podrías quedarte?* | María Fernanda Bringas Pérez | Colegio de Lingüística y Literatura Hispánica.

Diseño: Miguel Ángel Martínez Barradas

Índice

EDITORIAL.....5

Cuento

JULIA, TE QUIERO Aimée Rivera González	8
LA HISTORIA DEL HOMBRE QUE ESCRIBIÓ SU VIDA PARA VIVIRLA OTRA VEZ Hernán Valladolid Chávez	10
LAS LENTAS HORAS VÍRGENES Jessica López Mendoza	12
UN POLICÍA Y UN VAGABUNDO Paulo César Gallardo Rodríguez.....	14
VIERHUDET Xavier Ariel Salazar Tehuitzil	17
YO VIVÍA EN UNA CASA CON TECHO DE PIEDRA Ángel Isaac Tapia Morales	20
VORAZ Mónica Paulina Benítez Castro	23
DIOS TIENE CONSENTIDOS Ana Elisa Aburto Pérez	24
LA TERTULIA DEL DESATINADO Margarita Vázquez Castañeda.....	26

Ensayo

THE WITCH TRASTOCA EL UNIVERSO DE LA BRUJERÍA Andrea de Jesús Espinoza Morales.....	28
EL VIDEOJUEGO Y LA TRAGEDIA GRIEGA Jorge Eduardo Domínguez Alonso.....	31
RESISTENCIAS GEOPOLÍTICAS: MUJERES CONTRA LA MINA Laura Isabel Medrano Rivera.....	34
EL VÍNCULO DE LA LÍRICA A PARTIR DEL INSTANTE POÉTICO E INSTANTE METAFÍSICO Jessica López Mendoza	37



Fotografía

PUEBLA: UNA CIUDAD LLENA DE SECRETOS Leonardo Castillo Cuahutencos	42
--	----



Minificción

GARDENIA Edna Yvonne Hernández Diego	50
OLORES / CHATEAUBRIAND Adamary Tecpoyotl Cadena	50
PERDIENDO EL TIEMPO María Fernanda Agüero Fernández	50



Dibujo

¿PODRÍAS QUEDARTE? María Fernanda Bringas Pérez	52
---	----



Poesía

INMERSIÓN Alejandra Gabriela Durán Escamilla.....	54
JUGAR CON UNA PIEDRA Ángel Cabrera y Mendiola.....	55
ESCRIBIENDO EN LA CIUDAD Eduardo Bautista Martínez	56
VERANO ANTICIPADO Eduardo Bautista Martínez.....	57
CONFESIONES Rodrigo Martínez Flores.....	58

Editorial

He aquí una ida atrevida a mundos maravillosos que nacen del corazón de aquellos intrépidos que, llevados por la pasión, la emoción y el conocimiento se aventuran a descubrir el sendero de las letras.

¡Bienaventurados sean nuestros lectores!, pues en esta ocasión este segundo número tendrá una peculiar inclinación hacia el encanto de crear pequeñas historias que nos llevan, poco a poco, a conocer realidades de papel. El cuento es, por excelencia, una fascinante y basta zona del gigantesco océano de la escritura, de narraciones, personajes y desarrollo de grandes historias. Autores afamados como los hermanos Grimm, o el particular Edgar Allan Poe, han marcado la historia de la escritura, sin embargo, fervorosos y con emoción, los jóvenes piensan, los jóvenes sueñan e imaginan y los jóvenes valientes escriben. Por esto, seis maravillosos cuentos nos reciben en esta ocasión. Ángel Issac Tapia Morales no quiere perder aquella historia bajo un techo pedregoso, Jessica López Mateos nos ofrece una perspectiva de lección... ¿ventanas?, Aimée Rivera González cuenta el cariño de Julia, Mónica Paulina Benítez Castro es corta y eficaz, ella es “voraz”, Dulce Margarita Vázquez Castañeda escribe sobre aquel desatinado y Hernán Valladolid Chávez rescata la historia del hombre que escribió su vida para vivirla una vez más.

(continúa→)

Innovando en la revista, nuevos marineros del océano de la cultura escrita levantan anclas y con buena mar tres compañeros nos presentan sus minificciones, Edna Yvonne Hernández Diego presenta “Gardenia”, María Fernanda Agüero Fernández no pierde el tiempo escribiendo y Adamary Tecpoyotl Cadena nos permite conocer “Olores”, viaje bueno nos espera.

Dos veleros solitarios, pero seguros, viajan cargados de estrofas y versos. Rodrigo Martínez Flores llega seguro con sus “Confesiones” y Alejandra Gabriela Durán Escamilla sin dudar redacta “Inmersión”, ambos textos por demás formidables.

Sin embargo, como aquella sombra imperante y de elegancia siendo semejante de aquellas gigantescas naves de tropas inglesas, los ensayos llegan a ocupar su lugar en esta aventura. Jorge Eduardo Domínguez Alonso, entre sus tripulantes de papel y tinta, trae consigo al legendario “Kratos” en su texto intitolado “El videojuego y la tragedia griega”, acompañado por el formidable texto de Jessica López Mendoza que, entre poesía, lírica y metafísica, ni corta, ni perezosa zarpa a que el mundo sepa de su escrito con “El vínculo de la lírica a partir del instante poético e instante metafísico”.

En lo visual, este número presenta un ensayo fotográfico sobre la ciudad de Puebla a cargo de Leonardo Castillo Cuahutencos, así como un trabajo de ilustración elaborado por nuestra compañera Fernanda Bringas, mismo que fue tomado para nuestra portada.

Disfrutad de la buena lectura de este número preparado con mucho esmero. No dejen, queridos lectores, de remar en este vasto océano que grandes letras los esperan.

Consejo editorial estudiantil.





Cuento

Julia, te quiero



Aimée Rivera González
Lingüística y literatura hispánica

Julia era la chica de mirada expectante; vivaracha, siempre alegre con el mundo, chispeante de euforia y cadencia esporádica en el suave vaivén de sus movimientos, pero aquella última noche que la palpó con sus cuatro sentidos restantes, adivinó perdida la esencia de Julia.

Lo iban a matar porque había participado en la revuelta contra los militares; desde antes de la fiesta su sentencia estaba dictada, sólo debían aguardar la hora indicada y el resto acontecería por sí solo, como un simple protocolo rutinario. A pesar de su desdichado futuro, el condenado había probado suerte al escabullirse de la guardia que custodiaba su celda; su tacto fino acostumbrado a acariciar paredes en ausencia de la vista para poder guiarse entre las escabrosas calles, sus pies ligeros que lo impulsaban a correr cuando presentía el peligro y su entrenado oído fueron los que lo encaminaron a Julia luego de escucharla reír como el tintineo de un cascabel, y eran los mismos que lo ayudaban a eludir los peligros de introducirse a una fiesta donde no era bienvenido con el fin de encontrar a su preciada niña de ojos inquietos.

Embrutecida por el bullicio ensordecedor de las conversaciones ajenas, las risas escandalosas y la música que le taponaba un oído sí y el otro no, Julia salió tambaleándose del séquito de niños popis con gustos ridículamente afines. Un aroma terroso, casi inmundo, la atrajo fuera de la carpa que albergaba la fiesta; era sumamente raro que con tanto prestigio y ostentación alguien permitiera el hedor, aquel que vagaba ligeramente en el aire. Divisó unos pelos tiesos unos metros más allá de ella, creyó alucinar, pero no había bebido, ¿cómo era posible que él estuviera ahí si lo habían encarcelado hace unos días? Entonces Julia emprendió la marcha hacia el susodicho y acompasó sus movimientos con los de los invitados para no levantar sospechas y perderlo de vista.

Con su intuitivo olfato iba acechando a la mujer de su búsqueda, sus oídos estaban

susceptibles a cualquier sonido parecido a su melodiosa voz; avanzaba poco pues no quería alterar a nadie con la brusquedad de su caminar y menos con su deplorable nauseabundo aspecto. Alguien lo tomó del brazo, quedito le acarició la muñeca y le susurró al oído: «¿A quién buscas?» «¿A quién más? A ti».

Juntaron la frente y hallaron la paz al entrelazar sus manos. Julia lo arrastró fuera del círculo que propiciaba a crearse, por un momento el olor que desprendía la dejó asqueada, pero la incommensurable pasión que por él profesaba la indujo a continuar caminando hasta un silloncito desolado que nadie ocupaba por el momento. «No hueles a ti, ¿cambiaste de perfume?» preguntó casi con reproche, Julia respondió que sí, con la cabeza recargada en su hombre. «¿Lo hiciste a propósito?» y ella le dio a entender que no.

«No sabía que ibas a venir. De haberlo sabido, me habría puesto el mismo». Percibía a una Julia diferente, más apagada, melancólica, aunque igual de cariñosa que las otras veces. Se la habían cambiado por una que olía a dama de sociedad, que se contenía en sus expresiones vocales, que le negaba el placer de su genuinidad. Pero no tenía tiempo ni ganas de protestar, porque sabía que muy en el fondo su verdadera Julia se hallaba intacta. De momento ella estaba ahí con él, sosteniendo su huesuda mano, acariciando con infinita paciencia y devoción sus amaratados nudillos, como quien alisa un papel con suma delicadeza varias veces antes de escribir en él; quitándole las costras de las orejas y la tierrita de los párpados. Él, en cambio, solo podía agradecerle tanta atención y cuidado con una suave y rítmica caricia en su rodilla, disculpándose por no permitirle más de su presencia, aunque ese asunto no dependiera meramente de él.

Se consolaron el uno al otro con calmas palabras que no tenían otro propósito más que prolongar el momento y aligerar la pena del próximo ajusticiamiento. No guardaban esperanza porque ya ni siquiera podían vaticinar un futuro prometedor; se recordarian como los póstumos, Julieta y Romeo, extasiados y erráticos amantes; Julia, hija de un terrateniente empoderado y abusivo; y él, un insurrecto mentecato dispuesto a abismarse en un destino incierto.

El barullo no cesó ni cuando un montón de gendarmes invadieron con una retahíla de órdenes la pomposa fiesta, al contrario, elevó las murmuraciones, convirtiendo en

obsceno el tierno momento de los jóvenes, quienes se mantenían incautos de la triste realidad y el público, arrinconándolos con la mirada furtiva, evidenciando que eran a los que buscaban con tanto furor.

El estrépito de una copa rompiéndose sobresaltó a Julia y atrajo consigo la atención del otro. Todo sucedió tan rápido: de un segundo a otro, Julia enmudeció de terror al saberlo perdido. Su primer instinto fue huir, ¿pero a dónde? Estaban rodeados. Lo único humanamente posible era apretarse las manos con una fuerza descomunal como muestra de fortaleza. Aun así, cuando los separaron fue todo un caos: un militar la sujetó por el pecho y Julia emitió un grito desahogado, una súplica enrabietada, la acompañaban sus ojos desorbitados y llorosos, sus brazos extendidos queriendo alcanzarlo y un salvaje pateo que se perdía entre las piernas del que la sujetaba. Pero ni con toda la pantomima pudo evitar que otro militar le asestara un golpe en la mandíbula, dejándolo a él totalmente inerte, a expensas de la fuerza bruta.

«De repente te pierdo, no sé dónde estás, te alejan de mí y eso me da miedo», piensa para sus adentros. Se lo están llevando, se estaba yendo, la iba a perder para siempre y solo le quedaría como un recuerdo ausente, su llanto desgarrador.

— ¡Julia, te quiero! — Alcanza a graznar y es el último resquicio que rompe con la cordura de Julia.

Y en su mente proseguía el intento de un vago discurso de despedida: «perdóname por no ser el hombre adecuado para ti, por el ser el infeliz que sin querer te va a romper el corazón y que dejará una mácula en tu juventud».

Fue arrastrado hasta un pastizal donde un aire sibilante le peinaba los cabellos y le ahuyentaba el alma. Le cubrieron los ojos — ¿para qué? — con una tira de trapo viejo y le amarraron las manos con una cuerda roída. Con las rodillas plantadas en el pasto tiritaba de frío, sus labios imploraban un último sorbo de agua fresca o un beso casto de los labios de Julia. Más lo segundo que lo primero.

«En mis últimos momentos pronuncio tu nombre con la misma ilusión que la primera vez, sus letras bogan en mi lengua y las saboreo casi con estentóreo silencio. Empiezo a delirar con tu perfume y el sonido de tu voz es en lo único que puedo pensar hasta que siento el cañonazo incrustarse en mi cráneo... La bala y la piel consagrándose en una misma»



La historia del hombre

que escribió
su vida
para vivirla
otra
vez

Hernán Valladolid Chávez
Lingüística y literatura hispánica

Morgan estaba en el sótano de la iglesia abandonada. Escribía apoyado en una vieja mesa. La débil llama de una vela solitaria iluminaba pobremente el frío y húmedo recinto. Tiritaba de frío y solo tenía una raída túnica con la que se podía cubrir. La que había pertenecido a su padre. Si es que había tenido uno, pues solo recordaba haberla encontrado en el suelo del lugar donde había crecido, al que había llamado hogar: aquella misma iglesia abandonada.

Resultaba curioso, pensó en aquel momento, cómo era que recordaba a la perfección ese día:

Abrió la puerta de algún lugar oscuro y abovedado, y entró a un pequeño cuarto circular donde había una débil hoguera en un chimenea y una túnica tirada en el suelo, la

túnica que llevaba puesta en aquél momento. La había encontrado sobre un montón de arena blanca. Al lado de la túnica había una vela apagada y un fino pergamino con un nombre escrito en él.

“Morgan”.

Pensó que todo aquello debería de tener una historia, pero no había nadie ahí que estuviera dispuesto a contarla. Entonces él tomó la iniciativa y le dio una historia a cada objeto que veía. Empezó con él mismo. Fue por ello que decidió llamarse Morgan. La túnica que estaba en el suelo, imaginó que era de algún hombre que había vivido ahí y se había marchado, un hombre que había sido su padre. Y la hoguera, la hoguera era una llama que consumía la esperanza, se dijo.

Pero que recordara todo aquello no lo inquietaba, no le inquietaba que recordaba hasta el más mínimo detalle de aquella ocasión, no le inquietaba que podía dibujar a la perfección cada elemento que había visto aquél día. No. Lo que le inquietaba era que no recordaba lo que había sucedido antes de que abriera la puerta. No recordaba cómo había llegado hasta aquella iglesia abandonada, de la cual no había salido nunca desde que la había convertido en su hogar. No recordaba más que sólo oscuridad. Por las noches, cuando intentaba mirar a los días que estaban detrás del día en que había abierto la puerta, caía desesperado y terminaba rindiéndose. Cerraba los ojos y se entregaba al mundo de los sueños.

Cuando miró la hoja que tenía frente a él, se sintió tonto y estúpido. No podía escribir otra cosa que fuese su nombre. El nombre que se había dado. Mojó la pluma en el tintero una vez más, dispuesto a escribir aquello que vivía en su mente, pero aquellas eran ideas salvajes que no se dejaban domar con facilidad. Quería atraparlas, pero se le escapaban por entre los dedos como el agua de la fuente que estaba en el jardín.

Tomó la vela, los pergaminos que quedaban, la pluma, el tintero, y subió por las escaleras de piedra que conducían a un laberinto de pasillos sumidos en la oscuridad. La vela era como un sol suspendido en un universo sin estrellas. Avanzó, cruzando pasillo tras pasillo, ignorando las puertas cerradas que tenían secretos pendientes por ser descubiertos. A pesar de llevar toda su vida en aquél sitio, no había terminado de conocerlo del todo.

«Debe de existir una vida en la que conozco mi propia casa», pensó mientras se detenía frente a una puerta que estaba entreabierta.

Era una pequeña recámara vacía, sin nada más que unos pergaminos regados en el suelo y una simple ventana por la que pasaban los últimos rayos dorados de la tarde. De una tarde que agonizaba y nadie más que él lo sabía.

Se sentó en el suelo y dejó el material a su lado. Recogió los pergaminos y los ordenó. Todos tenían su nombre, unos con una letra más fina, otros con algunas manchas de tinta, otros con el nombre sin terminar. Los apretó contra su pecho y sonrió por primera vez en mucho tiempo. Miró hacia la ventana y volvió a recordar, a recordar lo que podía recordar. Recordó que cuando había llegado, lo había hecho desnudo. Sin nada que lo cubriera del clima, por eso se aferró tanto a aquella túnica que en su tiempo había visto mejores años. Cuando se la había puesto, se encaminó a una segunda puerta que estaba en aquella recámara circular y la abrió, salió a un pasillo tenuemente iluminado por la tarde. Enfrente, había una puerta entreabierta. Se quedó parado un momento en el umbral, esperando a que alguien saliera, pero no había ningún indicio de vida. Miró al suelo polvoso y vio unas huellas de pies descalzos que salían de la puerta de enfrente y se dirigían hacia la sala circular de la que había salido, pero él sabía que no había nadie ahí. Empujó la puerta y entró al pequeño cuarto donde estaba sentado ahora mirando la luz menguante del sol. Recordó que en el suelo estaba aquél tintero, la pluma y unos pergaminos limpios, justo donde él los tenía ahora.

Tomó los pergaminos que tenían su nombre, tomó también la vela y dejó el resto de las cosas ahí en el suelo. Se puso de pie y abrió la puerta. Nunca había sido consciente de lo duro y frío que era el suelo hasta que cruzó a la puerta de enfrente, dejando las huellas de sus pies como vestigios de su existencia. Abrió la puerta que daba a la sala circular, entró y la volvió a cerrar.

Se sentó en el suelo, cerró los ojos y comenzó a rezar. Siempre rezaba antes de irse a dormir, pero aquella tarde decidió orar antes de lo debido, pues sentía una pequeña ráfaga de aire tibio atrapada en su pecho. Era extraño, se sentía como si hubiera realizado un viaje a un lugar totalmente bello y desconocido y ahora tuviera que regresar. En su oración, le hablaba al viento, a la oscuridad, al silencio, a la soledad, al sol dorado de la tarde, a las estrellas de la noche, pues todo aquello era lo real para Morgan. Era lo único real.

Cuando terminó de hablar con el universo y con la vida, se puso de pie, se dirigió a la

chimenea y se sentó frente a ella. Había unos trozos de madera listos para ser combustible para el fuego. Tomó uno de los papiros que tenían escrito su nombre, lo enrolló y le prendió fuego en la punta con la ayuda de la vela. Lo dejó justo en la parte baja de la madera para que ésta pudiera comenzar a quemarse. Tomó uno más, lo aplastó hasta formar una pelota y la lanzó a la llama que comenzaba a cobrar vida dentro de la chimenea.

Sentía un extraño placer al quemar aquellos recuerdos, pues eran parte de su vida y de su soledad. Eran su vida. Comprendió entonces, que sin quererlo, había escrito su vida, pues cada papel, cada trazo, cada letra, albergaba un fragmento de él y de sus pensamientos. Aquellos pergaminos eran una marca de su existencia y la estaba borrando. Era una voz sorda que nadie nunca escucharía, pues él era el último, condenado a la soledad. Tomó el resto de sus hojas y las lanzó al fuego, dejando sólo una como un testigo condenado a guardar silencio en un mundo sin ruido. Miró el nombre escrito con tinta negra en el pergamino pálido. Morgan. Era su nombre.

Se puso de pie y miró el fuego que comenzaba a menguar. Había consumido casi toda la madera. Dejó el pergamino con su nombre en el suelo, al lado de la vela y se quedó mirando al techo, como esperando que algo sucediera, pero sin saber qué. Su pecho se lo decía. Cerró los ojos con fuerza y comenzó a llorar. Era un llanto cargado de una tristeza que no comprendía de dónde salía y que no había sido consciente de que encerraba en su interior.

Sintió un cosquilleo en la punta de sus dedos, bajó la vista y, a través de las lágrimas, pudo ver que su piel comenzaba a desmoronarse, como si fuese una estatua de tierra. El cosquilleo ascendió hacia sus brazos, le llegó al cuello, a la cabeza, le bajó por la espalda y le bajó hasta la punta de los dedos de los pies descalzos. Con aquella sensación, llegó la oscuridad, que lo envolvió y ya no lo dejó en paz.

Lo último que supo, fue que su cuerpo se estrelló contra el suelo de la habitación y se deshizo en un mar de arena blanca, perdiéndose en una oscuridad que lo engulló y lo llevó a un lugar donde no existía la razón. Y fue en medio de aquella oscuridad, que un ruido le llegó, como traído por el viento desde lejos, una mano que se ponía sobre el pomo de una puerta y comenzaba a girarlo lentamente.

Entonces, volvió a recordar.

Las lentas horas vírgenes

Instrucciones para abrir una ventana o cerrarla en todo caso

Jessica López Mendoza
Filosofía

Una vez has abierto una ventana, no podrás cerrarla. / Hemos de dejar en claro que las peripecias de abrir una ventana son de gran utilidad para descifrar un misterio aún más grande, / el cual es dejar inutilizado el vector que la física provee para seguir el camino que se anhela. / Una ventana que se abre es únicamente el transcurso y el paso al misterio. / Una ventana que se cierra es el eclipse de toda una vida. / Uno no sabe qué ventanas abre o qué ventanas cierra, lo único que se sabe es el proseguir andante de una nueva zona-mística-afrodisíaca que la memoria produce a través de las anfetaminas y de los solsticios de invierno / el invierno que ya viene corriendo como el tiempo que dejaste en una cesta, / una cesta colmada de flores ahora ya intangibles.

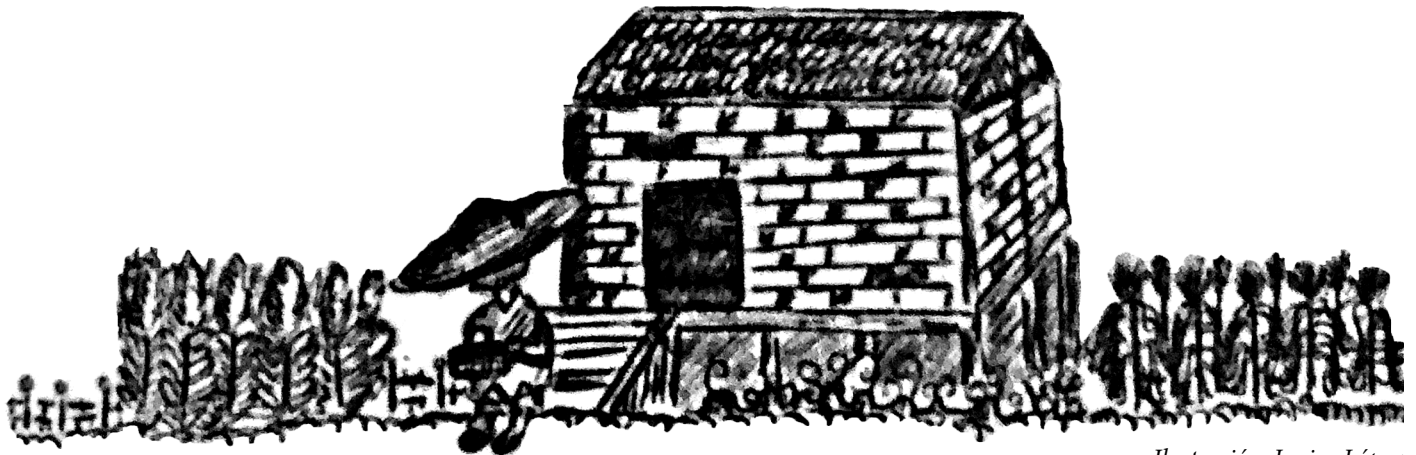


Ilustración: Jessica López

Cuenta la boca hambrienta de letras, sobre un hombrecito que medía diez centímetros y cuyo apodo era el de Sombrerito. Se dedicaba a recolectar flores por doquier: en el jardín de su abuela, en los parques de la colonia, en casas ajenas; inclusive, en la imaginación, donde tenía cientos y cientos de racimos de todos los tipos y los colores más ajenos que se hayan percibido en el mundo sensible antes. El pequeño hombre habitaba en un mundo inteligible, donde las flores tenían el tamaño de una casa, olían a café recién hecho porque son las seis de la mañana y hay que despertar como gallos para gritar: «Eureka, estamos vivos», un día más, un día menos. Donde las flores sabían a besos mañaneros y tenían color a frónesis cuya tonalidad es la del sol que golpea contra la virtud-moral que no se tiene. Porque le pesan las flores que nunca mueren pues son imperecederas como el alma que se encarna / como se encarna la reminiscencia para recordar que Enero ya pasó, y Febrero, y Marzo y Todo como una especie de manecilla en un reloj / que no trae puesto porque nunca creyó en la edad que se le otorga a la *bíos* del mañana, donde el porvenir es tan incierto como las flores que llegan en verano y se van en invierno,

[Porque también se les hace tarde, siempre tarde].

Como todas las mañanas, abre la ventana y al mirar tras ella espera el mensaje de *Buenos días*, *Buenas noches*; un mensaje mítico-esperanzador de esos que dan sentido y una especie de *confort*. Una vez se da cuenta que el recado esperado no llega; el hombrecito decide abrigarse bien, prender un cigarrillo para volver frente al mismo ventanal y mirar el azul del cielo como se mira la vida tan fértil y estéril a la vez. Entonces, se dice así mismo después de dar una calada de tabaco añejo a causa del tiempo: «ojalá la vida fuera más fácil, vamos de un lado a otro, y ni siquiera sabemos a dónde llegaremos; pero muy en el fondo, sé que no habré de encontrar una golondrina, a mis padres, ni a mis hermanos, y ni siquiera a mí mismo». / Termina de su muerte mañanera y escribe lo siguiente en el primer pedazo de papel que encuentra. Entonces, cierra la ventana.

El invierno se acerca, el recuerdo comienza a abstenerse en la memoria; en el hogar, porque de ahí ya no se quiere salir más. El aire furioso no deja de golpear contra la ventana como si estuviera más extraviado que una tortuga

queriendo encontrar el mar. Decide salir a caminar y se sienta en un escalón impropio para entonces poder pensar: «ya no hay más cigarros para fumar, tan sólo me quedan las ideas allá en casa, esas que guardé debajo del colchón y en un mamut de la infancia por sí algún día me hacían falta. Ya no queda fuerza pero hay que seguir huyendo de los *Crímenes Perfectos* que uno va dejando regados por las coladeras de la ciudad; arrastrados, excitados, pero con un sentimiento venidero de que no se sabe en realidad lo que se busca, ¿algún Samurái que huele a girasoles, quizá?»

Ya no llegan los mensajes porque cuando uno cierra la ventana, cierra un cosmos y lo eterno deja de ser eterno. Los ojos lloran y la boca grita como si fuera un bebé recién parido, dice él. Ya no sabe ni qué día es porque las golondrinas no regresan más al ventanal pues nadie lo volvió a abrir más. La vida ya pasó, pero para el hombrecito sólo pasaron *Siete Segundos*, en un parquecito de la ciudad que aún quiere recordar, viendo parejas por allí andar, mientras se pone cómodo en algún escaloncito para contemplar.

Sabiendo que llegará a ser otro, algo más, alguien más, astros como cuando sueña con el espacio y elementos como cuando hace trozos la comida de un día que ya no está. Pues ya no es lo que *es*, ni lo que *fue* y tampoco lo que podría *llegar a ser*; Sombrerito ahora es *una paz* que nunca antes había conocido; Sombrerito ya no mira más por la ventana.

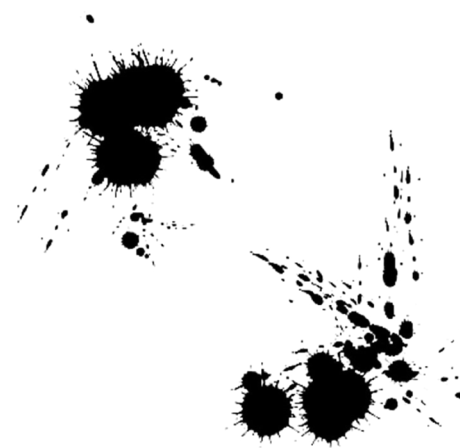
Es otro día, otra mañana; vacía pero con toques que se parecen demasiado a la adhesión y la separación al mismo tiempo, Sombrerito ha resucitado después de ráfagas de viento ante una infinidad de guerras mundiales donde las balas son como *Pétalos de sal*. Ya no siente más dolor, compró cortinillas nuevas, las lavó para asegurarse de no tener más suciedad y se dispuso a ponerlas para adornar el ventanal y entonces, resurgir como un ave fénix. ¡Pero cantemos por su resurrección!, ahora es inmortal de entre todos los demás hombres. Se dice que deambula por los rincones más ocultos de su hábitat natural, donde las notas musicales lo hacen suyo y él decide entregarse como el amado a su amante; sale de sí mismo para ir y darse casi entero.

Cuenta la leyenda que Sombrerito recitaba un cuento *antes de que la luz se fuera muy lejos* según él, esto porque no sabía lo que era el tiempo, no sabía lo que era un día y como sinónimo de salvación; leía una y otra vez *El Perseguidor* del gran Cortázar, donde la propia búsqueda existencial se combinaba

con el frío de la expresión *pasado mañana* que se tiene por todos lados. Pues si no releía; entonces el vacío lo carcomía, el vómito era imparable, así como un dolor de muelas pero en el corazón y las lágrimas eran equivalentes a las lluvias de Diciembre. Se dice entonces, que «es momento de dejar de contar el tiempo», el hombrecito no sabía más de eso, aprendió a vivir sin duración o intervalos que lo confundieran más después de no volver a ver a la golondrina en su hogar.

Sombrerito quien ahora se aferra a sus cuentos porque la agonía lo mastica una vez sale de la ducha, sobrevivió como un ave que no sabe más de dirección. Sombrerito y la esquizofrenia que no lo suelta porque fueron demasiados atardeceres morados, combinados con licor barato. Parecería ser que ya no hay más ventanales por admirar. Sin embargo, la curiosidad le gana; le hace una discreta invitación, lo invita a abrir su interior y olvidar la *brevedad* como reflejo de la realidad. Sombrerito lo intentó y aunque no se encontró nunca de entre los pastizales, ni en los manantiales como charcos sucios por donde acostumbraba transitar, una vez la lluvia decidía parar. Pese a todo, Sombrerito encontró una bella flor, una flor de entre tantas otras, una de las más deseadas y buscadas por la humanidad,

[Una flor de maíz tostado, él la llama].



Un policía y un vagabundo

Paulo César Gallardo Rodríguez
Lingüística y literatura hispánica

Era una mañana oscura y fría en la que sólo se escuchaba el rumor del viento. Frente al club de go-gos se encontraba un bulto de periódicos y cartones en la acera. Se apagó un gran letrero que anunciaba “All night” y a continuación varios hombres salieron con sus gorros y lo evitaron dando un pequeño brinco sobre él — ya lo conocían—, los más nuevos se tropezaron cuando intentaban patear la bola de periódicos, creyendo que sólo era basura. Se escuchó un quejido proveniente del suelo y se echaron a correr soltando pequeñas risas.

Llegaba un olor a tamales. A dos cuerdas de ahí se podía ver la silueta de la señora que se instalaba. Parecía una pequeña hormiga cargando de aquí—allá bancos y dos carteles de “No estacionarse”. Entonces el bulto de cartón y papel se movió y, levantando la cabeza, respiró el agradable olor de la ciudad de México: los tamales, el vapor de las alcantarillas del callejón contiguo al club y, para “enriquecer” el ambiente, el bello ruido de los motores y cláxones que aumentaban paulatinamente.

El vagabundo tenía nombre: Ricardo, pero los del club lo llamaban “Ricky el Chango”, debido a sus labios gruesos y su nariz de fosas enormes.

Hay quienes dicen que Ricardo era un

pintor aficionado, el cual vivía de una pensión de desempleo que el gobierno le proporcionaba. Otros, que el dinero era herencia de la tía o de la abuela, y otros más, que de la mamá. Su historia era bastante deprimente. Vivía junto a su hermana en el segundo piso de un pequeño departamento. Ella tenía tan sólo 17 años cuando fue brutalmente asesinada y violada por un cincuentón. Rebeca —como se llamaba— iba en dirección a su casa tras salir del colegio, cuando el tipo la agarró por atrás cubriéndole la boca, y tras un breve forcejeo la llevó a un callejón, la violó y luego la apuñaló 14 veces en el pecho y en el estómago: a plena luz del día. Fue hallada 48 horas después en un basurero, llena de sangre seca y comida podrida. Ricardo, solo, sin ningún familiar y que únicamente vivía para cuidar de Rebeca, entró en una terrible depresión.

Los bailarines del club lo conocían porque siempre frecuentaba este lugar, cada noche a eso de las 12 le avisaba a Rebeca que iba para el café-bar a verse con un amigo, y como cada noche, se dirigía al club.

Tomaba lugar en la mesa del fondo para apreciar en todo su esplendor el show. De vez en cuando se le acercaba algún chico, quizá admirado por su madurez (Ricardo tenía 29 años), y le decía “Hey, dicen que los de tu color calzan grande, ¿no quieres que

nos vayamos a divertir un rato?” o algo por el estilo. La respuesta siempre era negativa, no porque Ricardo fuera introvertido ni mucho menos, sino que se encontraba completamente enamorado de un bailarín. En cada visita nocturna, Ricardo se sentaba al fondo y tomaba cerveza tras cerveza contemplando a su amado.

Terminaba ebrio y tumbado en la mesa hasta el día siguiente. De esta manera los bailarines empezaron a reconocerlo y llamarlo —debido a sus rasgos— “Ricky el Chango”. Nunca hablaron con él; hasta cierto punto le tenían un gran aprecio debido a las propinas generosas que Ricardo dejaba al salir.

A sus 30 años sucedió lo de Rebeca y para cuando cumplió 31, Ricardo ya era un total vagabundo. La violencia aumentó. Asesinaron a 16 mujeres más, dos niñas desaparecieron; en el club, un sábado por la noche entraron dos personas y dispararon a la clientela y bailarines, murieron 25 personas y 9 más resultaron heridas. El club se vio forzado a cerrar sus puertas por un par de semanas.

Su problema con el alcohol fue creciendo, empezó tomando cerveza a todas horas desde casa; cuando se quedó sin casa por no pagar las rentas (todo lo gastaba en bebida) se fue a tomar a las banquetas, con caguama en mano; y para cuando el dinero ya no fue suficiente, se le veía tirado afuera del club con una botella de Tonayán o incluso con alcohol del 96.

Los zapatos estaban destartados, sus pantalones café tenían agujeros por todos lados y en la parte de arriba vestía con un abrigo grisáceo lleno de manchas, de una mezcla entre polvo y tierra con mugre. En el día se quitaba el abrigo y andaba en playera de tirantes. Ya se le habían formado rastas y su barba desigual le cubría buena parte del cuello. Ricardo desprendía un olor muy desagradable, a sudor con alcohol y orines.

La gente que pasaba a su lado lo insultaba, le escupía o le tiraba comida ya podrida; si tenía suerte, sólo lo evitaban. Al verlo todo el día y noche afuera del club de go-gos, llegaron a la conclusión de que se trataba de un homosexual más de la colonia, los cuales, tenían bien identificados.

Como es sabido por todos los conciudadanos, la policía jamás aparecía por esta colonia. Quizá una vez al mes se veía alguna patrulla que recorría las calles sin intervenir en nada. Sólo bajaban en alguna cuadra, se tomaban una foto como evidencia y se largaban para no volver dentro de 30 días.

La verdad es que Ricardo ya no pensaba

en nada. Sólo tenía algunas alucinaciones o sueños donde veía al bailarín rescatando a su hermana y golpeando duramente al violador. A veces veía al bailarín posando para él mientras lo pintaba. O a Rebeca dormida en el sillón del depa. Sus alucinaciones siempre eran distintas, pero sólo Rebeca y el bailarín aparecían en ellas. No reflexionaba en esto, el alcohol lo tenía sedado. Incluso a veces no recordaba quién era la niña que veía dormida en el sofá del depa. Lo cierto es que aquella mañana pensó. Vio que alguien se aproximaba desde la otra cuadra comiéndose un tamal, conforme se acercaba notó que era un policía, y tras reflexionar un poco se dio cuenta que un policía por estos lugares era algo muy extraño.

—Tienes que largarte de aquí —dijo el policía.

Ricardo lo miró desconcertado.

—¿Quieres que te eche yo mismo? —amenazó el poli.

—Mátalo... —respondió Ricardo unos segundos después—. Hazle lo mismo... Sí, no te muevas... Buenas noches.

El policía le gritó y Ricardo discutió con él a pesar de que no le quedaba muy claro lo que sucedía. Pese a que el ruido de los autos se escuchaba desde las otras calles, la avenida donde ocurría la discusión estaba un poco desierta —a excepción de la señora de los tamales, quien ya no tenía clientes— y sólo destacaban los gritos.

El calor de la discusión aumentó y el policía le soltó un golpe en la cara y otro en el estómago. Ricardo quedó tirado unos minutos hasta que el poli lo paró, y llevándolo a empujones por el cuello del abrigo lo condujo a través de la avenida, que desembocaba en un boulevard, el cual era recorrido por cientos de coches a grandes velocidades.

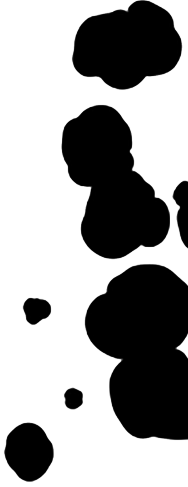
Se acercaron al puente peatonal y el poli lo obligó a subir. Ricardo tropezaba con cada escalón y se mareaba a cada metro que subían. Una vez arriba y colocados en el centro, lo puso de espaldas contra el barandal, de modo que el viento le pegara en la espalda al policía. Lo acomodó de esta forma porque el boulevard iba a desnivel y la caída de ese lado del puente era más alta que en la dirección contraria al viento.

Ricardo empezó a gritar y a emitir quejidos nerviosamente.

—Ahhh... o... oye... espera —gritaba Ricardo.

—Hijo de puta —le contestó el poli haciendo esfuerzos por tirarlo.

Ricardo fijó los ojos en la camisa del poli



con una expresión de terror, y observó que había dos agujeros llenos de sangre. El poli al notar la mirada aún más desconcertante de Ricardo, le contestó:

—He matado a un policía en la madrugada por decirme negro. Le disparé y me puse su traje.

Al igual que el vagabundo, este personaje tiene nombre: Jonathan, mejor conocido como Rudo. Como su apodo lo indica, era una persona muy conflictiva, que jamás bajaba la cabeza ante ningún enemigo.

Su padre golpeaba a su mamá todas las noches al regresar de la cantina —Jonathan sólo contaba con siete años—. Detestaba a su padre. Detestaba el olor de su aliento a alcohol, no soportaba verle esa barba tan descuidada y china..., no soportaba escuchar llorar a su mamá desde el cuarto.

“Niño de 14 años mata a su propio padre”. Así lucían todos los periódicos al día siguiente del suceso mencionado. Esta noticia llenó cada recoveco de la colonia, dando así, nacimiento a Rudo.

Años de peleas en pandillas y robos con armas blancas, terminaron metiendo a Rudo en varias ocasiones a la cárcel. Cada vez que era detenido, los policías lo golpeaban, le quitaban sus pertenencias y lo dejaban desvalido en su celda. En la cárcel, “Rudo” desaparecía y “Negro” era el nuevo nombre con el que los polis se dirigían a él.

Rudo siempre iba en tirantes blancos, haciendo un gran contraste con su prominente piel oscura. Era pelón, siempre estaba afeitado. Su cuerpo fortachón y los tatuajes en los brazos intimidaban a cualquiera.

A 15 años del asesinato a su padre, el ambiente empeoró. El narco se apoderó de las calles —y como ya se dijo—, la violencia aumentó, los policías no aparecían por ningún lado, cerró el club de go-gos por unas semanas; y Rudo perdió protagonismo. Su pandilla se deshizo y cada integrante hizo de las suyas sin el respaldo de sus compañeros. Algunos ya tenían hijos, trabajaban en algún comercio o simplemente se habían ido hacia otras colonias en busca de “algo mejor”, como si fuera una especie de sueño americano, pero en las entrañas de la ciudad de México. Rudo por su parte no podía conseguir trabajo por la mala fama que se había creado; temían que fuera a perjudicar a la clientela o al negocio mismo de cualquier establecimiento si llegaba a entrar como empleado.

Un último robo que salió mal, le bastó para

encontrar la solución a la falta de ingresos para su supervivencia: la cárcel. Estar en la cárcel le pareció la mejor alternativa: comida y cuarto gratis. A cambio de un constante abuso por parte de los celadores, no parecía que fuera lo más justo, pero al menos serviría por el tiempo que le quedaba de encierro.

Fue de mal en peor. Algunos reclusos de otras pandillas lo reconocieron y durante las duchas o los tiempos de receso al aire libre lo atacaron. Recibió un par de puñaladas con cepillos de dientes afilados y en las duchas intentaron abusar de él.

Esto duró cerca de un año. Un cambio en la administración del reclusorio obligó a que se hiciera una limpieza de personal y reclusos, siendo transferidos a otras cárceles y soltando a los que no eran de máxima amenaza, entre ellos Rudo.

Las imágenes de los momentos que vivió durante esos 9 meses lo perturbaban, se había vuelto muy nervioso; cualquier acción o evento que sucediese, ya sea alguna persona que se acercara a él hasta el grito más insignificante de un niño jugando, lo sentía como una amenaza.

Un día al pasar junto al vagabundo, se mezclaron una serie de factores que despertó algo en lo más profundo de su ser. El olor a alcohol, el mismo que tenía su padre y algunos reclusos; la barba sucia y china como la de su papá; y encima, que Ricardo miraba con lujuria al club de go-gos, le hizo recordar los momentos en las duchas. Esto le removió el estómago y la cabeza.

En otra ocasión, un policía le dijo “negro”. Rudo, fuera de sí y traumatado, mató al policía, se puso su uniforme y fue a ponerle fin al fantasma de sus traumas, Ricardo, quien evocaba la figura de su padre y de todos los reclusos de la cárcel.

Allá abajo los coches seguían pasando a grandes velocidades.

Ricardo no entendía, tenía mucho miedo.

—Nadie insulta a los de mi color —agregó el “poli” como justificación al asesinato del oficial.

—Pero... pero soy negro —respondió Ricardo.

—Lo sé. Pero eres puto —y lo aventó.

Mientras caía, Ricardo vio el tiempo hacerse más lento, y en el extremo del puente el bailarín iba corriendo en dirección del poli para matarlo y vengar su muerte. Y por el otro extremo, Rebeca corría con un cuchillo en la mano para ayudar al bailarín...

Vierhudet

Xavier Ariel Salazar Tehuitzil
Antropología social

“¿Deseas conocer aquello que vela más allá del umbral de tus ojos ciegos?”

Fue la primera frase que leyó al recoger un cuaderno descuidado encontrado en un viejo callejón que recorría durante sus rondines de medianoche alrededor de aquella fabrica en la que trabajaba. Lo guardó en un bolsillo de su chaqueta hecha de cuero y recubierta de plástico impermeable.

Al regresar a su cuarto, sacó aquel libreto, cubierto de tierra y algo frágil ya que había rastros de querer quemar aquel objeto, pesado aun cuando no contenía más de 30 páginas. Apestaba. No era un olor carbonizado, menos a lodo ni mohó, pero desprendía hedor penetrante.

- ¿Deseas conocer aquello que vela más allá del umbral de tus ojos ciegos? - Volvió a leer al pasar de la portada de su descubrimiento. Debajo de aquella frase continuaba lo siguiente - *Aquel que logre invocar lo que yace en este manuscrito, conocerá lo que nuestros ojos ciegos ignoran. Pero debe tener cuidado con inmiscuirse más allá de lo que la mente pueda contemplar puesto que quedará fascinado y perplejo ante los entes que existen, en cambio, si el invocador no es lo suficientemente fuerte, su vista será privada de una oscuridad abismal que terminará con la muerte del curioso y siendo usado por...* - La página terminada abruptamente, el resto estaba borroso por las hojas a medio quemar.

Pasó de página, apreció la primera serie de figuras, caracteres y símbolos que llevaban por nombre *Vierhudet*. Le causaba curiosidad ¿es

sólo el libreto de bocetos de un loco artista? Si lo es ¿por qué quemarlo? Sin embargo, había algo, una fuerza invisible, una voz llamando a dibujar la serie de bosquejos que retratan en el libreto.

Sin darse cuenta, en su mano derecha sostenía encendida e inclinada una vela, por la mano izquierda un cuchillo. Con la cera de la vela encendida comenzó a trazar un círculo perfecto, dentro de y al centro de este debe dibujar una esvástica recta y con bordes que miran a la siguiente punta. Fuera del círculo y al centro de la esvástica, nace una vara que cruza la esvástica, en una punta de la vara nacen dos medios círculos y al final nace el contorno de una media luna. Para poder cellar todo, el dedo anular debe ser cortado dejando caer gotas de sangre. En el manuscrito explica que se debe a la relación que guarda con el corazón. Ante la curiosidad de todo esto, prosiguió con las instrucciones de su objeto encontrado.

Después de haber trazado todo lo antes dicho, debía recitar las siguientes palabras -*He realizado el pictograma maldito, mi sangre me ata a ti, pero tú estás atado a mí, los males que deseas hacer, será sumados a mi carne, pero tu carne me alimentará, cuanto más malicia desee, más carne poseerás, pero yo me haré aún más fuerte, Vierhudet, toma esta carne y preséntate ante mí-* de pronto la sala se heló, un fuerte viento sopló haciendo que la vela se apagara. Un escalofrió recorrió por su nuca que recorrió su columna hasta llegar a sus tobillos. Cuando levantó la mirada, tenía ante sus ojos a *Vierhudet*.

El ser poseía cuatro brazos, en el superior derecho sostenía un libro de piel, en el superior izquierdo asía un dedo afilado que goteaba sangre en la punta de la uña, desde el brazo inferior izquierdo erigía la Lanza de Longinus y en el inferior derecho una cadena. De su cabeza se alzaban dos cuernos curvados que salían del eje de su cara y sostenían una corona de espinas y dientes. De su cara parpadeaban tres ojos, uno de estos se posó sobre el hombro de quien lo invocó. Se mantenía recto por la fuerza de su cola, larga y pesada, y al final de esta, había pelaje cubierto de sangre. Era completamente de aspecto escamoso, pero mantenía la similitud de un hombre fornido, recubierto de sangre y moho.

En su hocico se lograban distinguir dientes afilados y dos colmillos sobresalientes. No había nariz, sólo dos fosas nasales como la de cráneos en descomposición. *Vierhudet* trató de formular unas palabras, su lengua larga,

bifurcada por la última parte de esta que hacía lucir afilada de ambas partes contenía un pentagrama marcado por algún tipo de hierro ardiente que hizo la forma: el pentagrama contenía segmentos partidos por marcas que señalaban un tipo de corte profundo; en dos puntas del pentagrama contenían cortadas que partían al triángulo, desde el centro y hacia el lado de su garganta le atravesaba una cortada dando el aspecto de una línea recta que contenía dos cortadas horizontales en cada punta de la línea recta.

De algún lado sonaba algo similar a campanas, cuando enfocó su vista, logró ver que en cada una de lo que parecían ser orejas, largas y pesadas por el hueco prominente que había en sus lóbulos, colgaban un par de arracadas de hierro oxidado, era una utilería poco estética, se asimilaba más a un tipo de cadenas o candados.

Sus ojos no se movían, sus extremidades parecían no querer responder a ninguno de sus músculos, nada de su cuerpo le respondía al sentir el miedo creciente y apoderándose de su cuerpo.

- ¿Qué he hecho? - se preguntaba al ver al ser tan intimidante. Los tres ojos ahora se posaban sobre todo su ser. La mirada de ambos se cruzó, no podía ver al tercer glóbulo ocular, pero sabía que también estaba fijando la mirada. *Vierhudet* erigió la *Lanza de Longinus*; está hecha a base de piedra negra pero no de este mundo, desprendía un color rojo, dando la sensación de estar quemándose por dentro, pareciere que dos serpientes de piedra se enredaron entre sí como queriendo escapar de sí, sólo que donde debería haber dos cabezas había un filo en cada extremo.

De un golpe abrió el libro usando el peso de la contraportada y usando el dedo que goteaba sangre de la punta escribió algo en las páginas similares a piel ¿humana? No se puede responder con claridad, pero tiene esa sensación de serlo. Tampoco pudo observar qué escribió dentro del libro, su cuerpo aun no respondía ante sus órdenes; las piernas aun le falseaban y los brazos se mantenían rígidos tratando de sostenerse para no caer completamente al suelo.

Vierhudet sacudió un poco la cadena y de un latigazo enredo el cuerpo completo de quien lo invocó, habló en su lengua natal: por su puesto era incomprendible, eran un tipo de sonido que sólo podía venir de un sonido difónico que sólo los cantantes mongoles dominaban, pero a diferencia de sus cantos, el de *Vierhudet* era incomprendible. Mientras

hablaba, ergio la *Lanza de Longinus* hasta que los filos de esta tocaron el techo, este retendió apenas con el tacto de dicha lanza y con otro movimiento brusco, aquel demonio bajó con tanta fuerza la lanza que casi rompía el piso, sin embargo, sí que sintió algo... como si una onda de sonido se hubiese extendido en todo el piso.

Cuando terminó, todo zangoloteo dentro de la habitación, la lanza comenzó a levitar, se posó detrás de *Vierhudet* apuntando hacia su espalda, el demonio volvió a hablar su lengua, sus tres ojos se posaron sobre los ojos de quien lo invocó y pareció que rezaba sus últimas palabras ya que no aparto la mirada mientras lentamente la lanza le atravesaba el tórax. El demonio no mostraba signos de dolor a pesar de lo lento y profundo que era el corte que la *Lanza de Longinus* le propiciaba. Cuando ésta estaba a punto de salir del demonio, *Vierhudet* la tomó usando dos de sus brazos haciendo caer el libro y el cincel, y la retiró con fuerza de su cuerpo. Acto seguido, el demonio apuntó los filos de la lanza hacia el pecho de quien ahora estaba entre sus cadenas. Esta vez sí se pudo distinguir una oración: *tu carne ahora me pertenece*.

Apenas terminó de pronunciar las últimas letras de aquella oración, *Vierhudet* endureció su cola para levantarse un poco, el brazo superior derecho la cual sostenía la *Lanza de Longinus* se echó para atrás y su brazo superior izquierdo lo hizo hacia en frente tomando fuerza. En un simple, pero movimiento enérgico lanzó a *Longinus* hacia el objetivo.

Despertó con el cuerpo envarado y sobre el piso. No sabía realmente que había pasado, pero sentí un fuerte dolor de cabeza, así como una sensación de vacío en el pecho, por lo que decidió quitarse su playera y examinarse.

En su trabajo había visto accidentes que terminaban con la amputación de extremidades como piernas, dedos o brazos pues la fábrica se especializaba en usar herramientas bastante punzocortantes, sin embargo... nada de eso prepara a nadie para lo que vio en su pecho. Un par de agujeros que atravesaban su pecho, no sólo marcaron una profundidad que dejaba pasar la luz, sino que incluso atravesaba su corazón. Podía ver parte de su anatomía, el corazón se mantenía latente entre pausas largas. No podía comprender cómo es que seguía de pie o tan siquiera seguir respirando.

De pronto los recuerdos le vinieron a su cabeza de forma brusca lo que provocó que el dolor de cabeza se intensificara aún peor que

migraña; pero pudo recuperar lo olvidado, sobre la invocación que realizó y cómo obtuvo los vacíos en su pecho.

Aun en conmoción y con la vista medio perdida logró ver en el piso aquel libro que portaba *Vierhudet*. Sus piernas y brazos comenzaron a responderle y logró ir a gatas por el objeto. Al tocarlo una sensación extraña le recorrió el sistema nervioso, sabía que algo andaba mal, pero claro ¿qué podría estar yendo bien después de lo sucedido? Notó que en el libro había un apartado especial pues sobresalía por entre las demás hojas. Ahí se encontraba su nombre, marcas de sangre fresca que intuyó provenir de sus heridas y, además, la piel que le faltaba en su pecho estaba pegada al libro.

Prosiguió buscando entre el libro algo que le ayudase a comprender cómo seguía respirando si parte de su corazón estaba expuesto y carente de vida. No tardó en encontrar su respuesta la cual no fue para nada un alivio, en una de sus hojas rezaba:

Este libro te pertenece ahora. Para hacer uso de él debes, en primer lugar, cortar tu dedo índice ya que será el bolígrafo con el que escribirás tus deseos los cuales *Vierhudet* estará obligado a cumplir, las tintas no sirven en este manuscrito, así que deberás usar tu sangre, la cantidad dependerá de tus peticiones pues, entre más largos sean, el libro pedirá más de ti. Por último, debes saber que la única forma de liberarte de todo esto, excepto de tus recuerdos y sobre lo sucedido, es que te prive completamente de tu vista mortal, pues lo único que lograrás ver serán las escenas de cómo los siguientes portadores hacen uso del libro. Por otro lado, si decides hacer uso de lo que te he entregado, obtendrás un poder inconmensurable pues el demonio te los suministrará. Debo decirte que hay dos condiciones: la primera consiste en que *Vierhudet* consumirá tu alma en medida de lo que pidas y, como segunda condición es que yo poseeré tu carne.

Su cuerpo sintió un impulso de obedecer las condiciones a pesar de saber sus posibles finales. Así que rápidamente cogió un cuchillo de dientes de su cocina y comenzó a cortar, no fue para nada un corte limpio ni menos indoloro, pero no le importó, tenía en mente su primera concisión. Con su mano temblorosa por el dolor causada por su acción tomó su propio dedo lleno de sangre y antes de escribir su primera petición, con letras que no eran de este mundo pero que sin saber cómo, pudo leer lo siguiente: *Así que dime, oh mi portador deseoso ¿Cuál es tu deseo?*

Yo vivía en una casa con techo de piedra

Ángel Isaac Tapia Morales
Lingüística y literatura hispánica

Yo vivía en una casa con techo de piedra, por aquellas criaturas que solían bajar del cielo a robarse las ovejas y quemar nuestros techos de paja. Me cuentan que cada mañana, lo primero que se hacía era rezar para que, al salir, las personas no vieran el césped quemado, los árboles ennegrecidos y chamuscados, y a los animales acobardados en un rincón.

No veía nada de eso cuando crucé el umbral de mi hogar, yo sólo veía a mi familia trabajando para remodelar nuestra casa, quitando parte por parte aquel viejo techo de piedra gris y fría, que por tanto tiempo nos protegía de bestias sin corazón que sólo tomaban lo que querían de nosotros sin un ápice de remordimiento. Mi madre llamó mi nombre, me pidió que fuera al pueblo por una canasta de carbón para el fuego, obedecí su llamado sin dudarlo, pues sabía lo suertudo que era de poder ir al pueblo sin peligro alguno.

Recuerdo que me contaba mi abuelo, cuando aún vivía, que cuando era niño no le temía a la oscuridad, ni a las sombras que acechaban por el bosque que rodea nuestra casa, le temía a los cielos abiertos, le temía a la luz del día, pues era en aquel momento cuando era más probable que te tomaran por sorpresa y te llevaran a donde jamás te volverían a ver.

Me contaba historias de niños de mi edad que se confiaban de sus habilidades, que creían ser especiales, que pensaban “a mí no me puede pasar nada, yo soy más veloz, yo soy más fuerte, yo puedo con ellos”, todo para nunca regresar con sus familias.

Yo no me preocupaba por eso, yo caminaba por el bosque, yo observaba el vasto cielo azul con calma, respiraba el aire fresco de la mañana, dejaba que el sol rozara mi piel como una sábana cálida de lana, arropándome sin quemarme. Me han contado que las bestias respiraban fuego, uno que sacaban del mismo infierno, fuego que podía derretir hasta el metal, que podía destruir una ciudad entera con el tiempo suficiente, me sentía alegre de que el único fuego que me podía quemar ahora era aquel de la lumbre bajo las ollas en las que cocinaba mi madre.

Yo no tuve la mala suerte de pasar hambre por ellos, me relataban los adultos del pueblo mientras comía un bocadillo que me compré, pues antes de que naciera parecían estar en todas partes, siempre devorando más y más, hasta que nosotros no teníamos nada que comer, nada que darle a los más pequeños, mientras sus crías se atragantaban con todo lo que crecíamos.

Jamás me he enfrentado a una bestia como lo eran aquellas, ni jamás lo haré. Lo más feroz

que encontraba en aquel bosque eran ardillas y zorrillos que apestaban todo a su alrededor; jamás tendré que ver los terribles colmillos y garras como navajas que describen mis libros, ni oír el espeluznante resonar de un par de alas agitándose sobre mí, preparándose a atacar y a llevarme a su cueva, en la que desaparecería y jamás se me volvería a ver.

Yo soy un “niño bendito”, me decían, yo tuve el privilegio de nacer después del horror, después de que ganáramos la batalla contra las bestias, en una era en la que ya nadie tendría que temerle a las nubes como las que veía tapar el cielo, una era en la que ningún niño como yo sería víctima de la brutalidad y crueldad de los demonios alados.

Amaba mi vida, y amaba que, para mí, los cuentos que advertían que si no me voy a la cama cuando se debe me llevaría uno de ellos no eran más que sólo eso, un cuento. Amaba poder pasar tanto tiempo afuera sin tener temor, y a pesar de verme obligado a tener cuidado con que la lluvia cayendo sobre mí no arruinara el carbón en mi canasta, amaba que no tuviera razones para salir de la protección que ofrecen los árboles y sus tantas hojas verdes.

Debería haber sentido miedo desde el momento en que escuché aquel rugido extraño en la cercanía, pero no fue un rugido temible, fue un rugido pequeño, un rugido diminuto que me causó mucha más curiosidad que miedo. De entre los arbustos, logré vislumbrar dos pares de ojos de un color ámbar viéndome de vuelta; el pavor se extendía cual tinta sobre papel en mi mente, pero la curiosidad que sentía en mi corazón en aquel momento al ser testigo de criaturas que jamás había visto antes pudo haberme motivado a lanzarme de un precipicio.

Dejé aquella canasta en el suelo, antes de apartar aquellos arbustos del camino con mis manos. Acurrucadas bajo la protección de las hojas había dos pequeñas criaturas mirándome fijamente, la más grande entre las dos me rugió con una boca repleta de colmillos, salté hacia atrás ante tal susto, pues aún ensangrentadas, reconocía esas cabezas serpentinadas llenas de colmillos amarillentos, aquellas alas de murciélago, sus pequeñas garras como anzuelos.

En mi terror, tomé un trozo de carbón mojado y, sin pensarlo, lo arrojé a aquellas bestias. La de mayor tamaño entre las dos, un animal que no era ni del tamaño de mi pierna, salió disparada, intentando tomar a la más pequeña entre sus alas, pero algo estaba

mal con estas, las retorció con dolor, y parecía incapaz de estirarlas del todo.

Yo seguía en el suelo, aún alarmado ante la vista de semejantes criaturas, de las que tanto me habían hablado toda mi vida, criaturas que me juraron ya no existían en nuestro mundo, pero a pesar de mantener los recuerdos de historias en las que las criaturas causaban caos en mi mente, no pude evitar notar que en los ojos de aquellas criaturas no vi ferocidad, ni voracidad, ni siquiera odio, lo que vi fue un terror mucho mayor al que yo sentía.

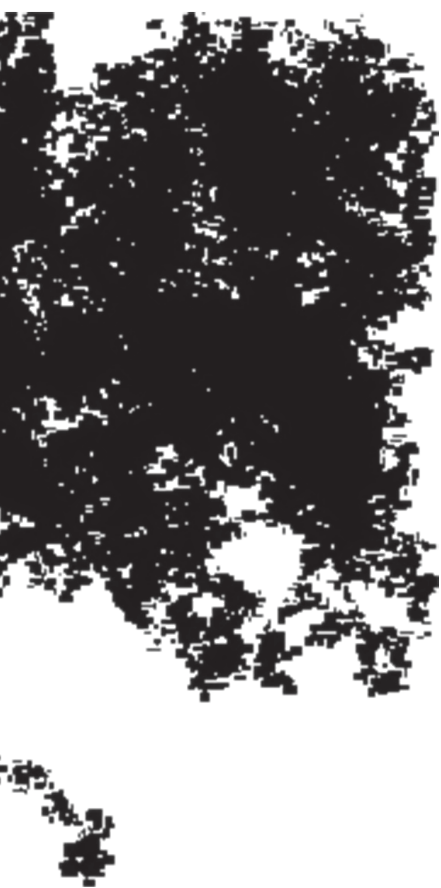
Jamás entenderé por qué, pero fue entonces que tomé otro trozo de carbón, y, al verme hacer esto, la más grande comenzó a alejarse de mí, a alejarse de la más pequeña, de lo que ahora puedo decir con seguridad era su cría. Jamás la vi volar, sólo corrió lejos, hacía la profundidad del bosque, incapaz de abrir sus alas teñidas de carmesí o llevarse a la pequeña.

En ese momento, un sentimiento que jamás esperé sentir por esos demonios comenzó a punzar mi corazón: remordimiento. Continué observando a la pequeña criatura, arrinconada contra un árbol, aterrada de mi mera presencia. Incluso yo, un niño que no había ido más lejos que su pueblo y cuya más grave herida a ese punto de su vida habían sido raspones en las rodillas y las manos, viví con animales de granja toda mi vida, con ovejas, cerdos y patos, por eso es que sabía perfectamente lo que pasaba a los bebés sin sus madres.

Llegué a mi hogar empapado de agua de lluvia, con una canasta llena de carbón mojado que mi madre me ordenó tirar, no sin antes darme una bofetada por ser incapaz de cumplir mi única tarea del día. Lo que no sabía, es que aquella canasta ya no estaba llena de carbón, sino de una cosita alada temblando de frío.

Incluso a salvo en casa, fue difícil deshacerme de aquel miedo que tantas personas me decían que debería sentir en presencia de uno de ellos, pero la gente me hablaba de bestias del tamaño de edificios, con cabezas del tamaño de carruajes y alas que ensombrecían pueblos enteros cuando pasaban bajo el sol, nunca de curiosas criaturitas que podían caber en la palma de mi mano, lentamente olisqueando mi dedo cuando lo acercaba.

Mi mente sabía que sería una terrible idea cuidar del enemigo de mi familia por generaciones, pero al recordarme a mí mismo sosteniendo el carbón que alejó a la madre de su cría, no podía hacer nada más que sentirme culpable, por lo que, en una mezcla entre emoción y terror, decidí volverme el cuidador



de aquella cría en mi canasta, para criarla y alimentarla en secreto para finalmente poder decir que era el amo de un animal como ningún otro.

Pero no sabía qué era lo que debía hacer con el animalito. Por días, intenté darle trozos de mi comida, esperando que comenzara a comerlos con furor, pero no parecía querer moverse, quizá no podía hacerlo, mi preocupación llegó a una conclusión obvia, por lo que me aseguré de que no estuviera herida al limpiarle la cabeza ensangrentada con un paño, pero aquella sangre no parecía haber sido suya, su cabeza estaba intacta, tal como lo estaba el resto de su cuerpo.

Aquel miedo que sentí al primer momento de vislumbrar a la criatura había desaparecido por completo, el miedo que ocupaba cada rincón de mi mente era uno distinto, uno mucho peor.

Todas las mañanas, lo primero que hacía era levantar la tapa de la canasta, para ver si la pequeña había dado siquiera un mordisco de la comida que le colocaba en un rincón, pero en ninguna de aquellas mañanas pude ver el montón de comida disminuir su de por sí minúsculo tamaño. Abrí mis libros, leí todo lo que pude encontrar, incluso abrí libros para adultos, de aquellos que tienen columnas enormes de palabras confusas cuyo significado no conocía, pero no lograba encontrar las respuestas a mis preguntas en ninguna de todas esas páginas sobre la descripción de estas criaturas, sus tamaños, sus clasificaciones, su manera de cazar, su nivel de letalidad, el dónde encontrar sus nidos y cómo destruirlos.

Cada día que pasaba se hacía más agonizante, añadía un trozo más de comida para la pequeña, pero ahora ni siquiera movía la cabeza para oler su comida, se quedaba acurrucada, en una posición que hacía que pareciera estar dormida, pero aún podía verla subir y bajar su pequeño cuerpo, respirando, aunque cada vez a un ritmo más lento.

Desperté con terror una mañana pocos días después, pues la canasta ya no estaba al lado de mi cama, busqué por todos lados, miré en cada rincón para encontrar a la pequeña, pero no la encontré. Fue entonces que mi padre llamó mi nombre desde el piso de abajo, a lo que respondí que enseguida bajaba. Lo primero que noté fue la canasta en mano de mi padre, quien me miraba con una ceja levantada, interrogando sobre por qué tenía una de esas criaturas guardada en mi cuarto, quizá esperaba que le dijera que la estaba guardando como un trofeo, pero

cuando le dije mis intenciones de cuidarla y resguardarla después de lo que pasó con su madre, vi una furia en sus ojos que jamás había visto antes, esperaba oír gritos como nunca antes.

No gritó, ni siquiera alzó su voz, sólo me pidió que lo siguiera afuera. Fuimos al estanque donde guardamos los patos, y mi padre señaló nuestra casa, me dijo que pusiera atención al techo, el techo que hasta hace poco había sido de piedra, me preguntó si sabía lo que le pasaba a la madera cuando la alcanzaba el fuego, yo le contesté que sí. Me dijo que imaginara lo que le pasaría a nuestra casa si de repente comenzara a arder, y después me dijo que me imaginara eso, pero pasando en miles de casas, todas llenas de gente inocente. Me hizo saber que eso es lo que criaturas como la que estaba en la canasta eran capaces de hacer.

Finalizó preguntándome qué era más importante para mí: las bestias, o nuestra familia. Le dije que nuestra familia, sin duda alguna, a lo que contestó que aquella era la respuesta correcta, y me devolvió la canasta. Por un segundo, sentí alivio, pensé en volver a abrir la tapa de esta para poder ver a la pequeña y cerciorarme de que estuviera bien, pero antes de que pudiera hacerlo, mi padre me ordenó arrojar la canasta al estanque.

Al ver que lágrimas comenzaron a caer de mis ojos hacia el agua del estanque, la mirada de mi padre se tornó más enojada, me ordenó, casi gritando, que me deshiciera de la pequeña. Intenté explicarle que no quería, que no podía, que sólo era una criaturita inocente, que no merecía esto, que necesitaba mi ayuda y yo quería dársela. Parecía que cada palabra lo enfurecía más, pues no tardó mucho en arrancarme la canasta de las manos y arrojarla a lo más profundo del estanque, donde el agua llegaba hasta el cuello, donde la canasta primero flotaba, pero segundo a segundo, comenzaba a llenarse de agua, y hacerse más y más pesada, hasta que se sumergió por completo, cayendo por el agua verde y opaca mientras yo la veía.

Mi padre me dijo que no era necesario llorar, que la cosa moriría pronto sin su madre de todos modos, que era una misericordia acabar con su vida rápidamente, en lugar de dejarla morir de hambre y sed, me ordenó levantarme del suelo, que esta era la mejor solución, que de no haber sido ella, habríamos sido nosotros. Pero al ver que mis ojos no se movían de aquel lugar en el que la canasta se sumergió, se dio por vencido y se alejó del

estanque, dejándome solo.

Lloré suficientes lágrimas para llenar un segundo estanque en el tiempo que estuve ahí, hasta que el sol estaba en lo más alto del cielo. Nadie se molestó en meterme a la casa, ni nadie me habló mientras estuve ahí, con las manos en el césped, observando el estanque, esperando que, de alguna forma, la pequeña criaturita saliera volando del agua, y se fuera de ahí, libre de mí, libre de mi padre, libre de los humanos, pero jamás lo hizo.

Me di cuenta de muchas cosas aquel día, y muchas otras preguntas comenzaron a brotar en mi cabeza. Me pregunté si la misericordia era en verdad terminar de golpe un sufrimiento que tú mismo causaste, me pregunté qué hubiera pasado de haber sido yo el que estuviera a la merced de uno de ellos; me pregunté si, tal como yo sentía temor y necesidad de cuidar a la pequeña, había algún dragón en el mundo que se hubiera preocupado por mí en esa situación.

Hoy en día, hay veces que me gusta voltear hacia arriba, hacia las nubes, porque incluso ahora, quiero pensar que al menos una de las siluetas que ensombrecen el suelo cuando pasan bajo el sol le pertenece a una criatura con alas de murciélago y cabeza serpentina volando por encima de mí, aún si es para tomarme a algún lugar donde nunca me volverán a ver.

Yo vivía en una casa con techo de piedra, porque ahora ese techo es de madera, una madera que podría prenderse fuego muy fácilmente, pero que jamás será prendida por una bestia alada descendiendo del cielo a robarse nuestros animales, porque nosotros nos deshicimos de ellas antes de que ellas se deshicieran de nosotros. La victoria es nuestra, y nuestra es la culpa.



Las tripas me crujían, me estaba muriendo de hambre, o de voracidad; sentía una angustia desagradable, no sabía si comerlo o no... Abrí la ventana para que pasara el aire, me acosté en mi cama y miré la luz del sol propagándose dentro de la jaula del pájaro, iluminándolo y haciéndolo brillar.

Tal vez, si hablara con alguien se me pasaría el hambre, pero nadie habla conmigo, ni mis padres; ellos están ocupados culpándose por mi conducta. Mi madre se martiriza pensando en lo mala que es, y ha terminado por abandonarme en la casa de mi padre; mi padre se la pasa abriendo y cerrando cerraduras porque teme que salga y me coma a alguien. Ninguno me ha preguntado por qué lo hago... Sé que comencé desde que leí *Pájaros en la boca*. Leí muchas veces ese cuento. Ahora me siento un personaje de Schwebelin.

Me acerqué a la jaula dorada y cogí al pequeño pájaro con mis manos, acaricié sus plumas negras con mis suaves manos, miré sus ojos de azabache, me veían y yo le regresaba la mirada; sabiéndome yo depredadora, él presa. Abrí la boca lo más grande que pude, y me lo metí, me metí el pájaro en la boca; sus alas se movían ávidamente, masticué con mucha fuerza y sentí su cabeza crujir, el pico me lo saqué *rechupándolo*, los huesos más gruesos los arrojé al excusado y me limpié la sangre.

Voraz

La sangre de pájaro es diferente a la de humano, huele a esencia de pachulí, es un olor fuerte e intenso. Afuera de mi casa hay una, afuera... Cerca de las rosas hay una planta de pachulí, pero no me atrevo a salir a comparar olores. La última vez que salí no pude controlarme y comí mariposas delante de unos niños pequeños que gritaron asustados, para después correr hacia los brazos de sus madres mientras gritaban que era una ¡bruja!, ¡bruja! Tomé la bici rápidamente y pedaleé hasta llegar a mi casa, me encerré en mi cuarto. Desde ese día no salgo...

Me veo en el espejo y me imagino como una bruja, una bruja verde. Me arreglo las pestañas, las pinto con rímel negro, los párpados los coloreo con *glitter* azul, parecen alas de mariposa, parpadeo un poco con ellas, me gusta verme linda, y cuando estoy lista, me colocó el *gloss* de fresa. En el hombro de la chica del espejo veo una mariposa, me giro y me deslizo lentamente hacia el alféizar de la ventana, me muevo ágilmente y la pesco con dos dedos, guardo la imagen de sus alas mentalmente para mi próximo *make up* y llevo la mariposa a mi boca.



Mónica Paulina Benítez Castro
Lingüística y literatura hispánica

Dios tiene consentidos

Ana Elisa Aburto Pérez
Lingüística y Literatura Hispánica

María era una muchacha inteligente, graciosa, imponente y segura, olía sutilmente a lavanda y cabe aclarar, era muy risueña. Tenía cejas pobladas, ojos claros que, por cierto, eran los más bonitos que había visto, además, labios gruesos y la piel tostada. Todo el pueblo la conocía, sabía que le gustaba a uno y a otro, como quien dice, tenía para escoger. Ella asistía a misa cada ocho días. Su sonrisa a más de uno nos hacía creer en Dios. Yo no la veía seguido, solamente los domingos, y a veces, si tenía suerte, entre semana. La verdad es que no hablábamos desde una vez que le quise comprar un boleto a Doña Gloria para una rifa y ya no tenía, entonces María me vendió uno y anotó mis datos. Por cierto, que, como en la mayoría de las rifas en las que he participado, no gané nada. La señora era encargada de las visitas que se llevaban a cabo una vez a la semana en el pueblo. Hacían un recorrido llevando despensas a los enfermos, platicando con ellos y sus familiares.

Yo nomás le sonreía de lejos a la María, pero un día, después de mirarla tanto, me dijo: Hay días buenos y otros no tan buenos, Pedro, pero cuando me miras parece que todos son buenos. Ese día el corazón no salió de mi pecho porque me hubiera petateado,

pero, por la emoción, casi casi. Sólo le sonreí, podía asegurar que a ella le gustaba mi sonrisa también. No dije más y, como era mi costumbre, al llegar a casa le escribí una carta a mi amá contándole lo sucedido.

El domingo siguiente era mi cumpleaños y fui a misa para verla. Ella, además de asistir a la celebración, también vendía raspados en el atrio. Entonces, al oír las felicitaciones, se acercó y me regaló uno.

-Gracias- le dije.

-No hay de qué, feliz cumpleaños, Pedro.

De regreso a casa, mi padrino soltó un par de risas:

-Ya andas de coqueto, muchacho, no dejas de sonreírle a María.

Sentí una felicidad incontenible. Ay, mi María, pensaba una y otra y otra vez.

El martes siguiente me llegó un mensaje:

-Hola, Pedro, soy María, el jueves iremos a visitar a algunos enfermos del pueblo, nos veremos en casa de doña Gloria a la una ¿Vienes?

-Holaaa, claro que sí, gracias por la invitación, respondí.

Me dejó en visto. Llegó por fin el jueves y cuando llegué a casa de doña Gloria ya había, al menos, 3 personas más. Ella llegó diez minutos antes de las cuatro, se acercó y platicamos antes de irnos. Hicimos el recorrido. Miraba su

sonrisa, su ternura, su gentileza... la gente reía con ella, nos ofrecían galletas, un 'refresquito pa la calor' y sin dudar, el cálido recordatorio de que sus puertas estarían siempre abiertas si quisiéramos regresar.

Las visitas resultaron mejor de lo que esperaba y me sentí feliz. Ese día, por primera vez, oré, nos tomamos de la mano e hicimos un círculo. Después la acompañé a su casa, su mamá me invitó un café, lo tomé y me fui.

- ¿Por qué sonríes tanto? - preguntó mi padrino- seguramente viste a la muchachita de los raspados.

-Fui a la visita de esta semana, ella me invitó- le contesté muy satisfecho.

Así pasaron los días, ya no faltaba a ninguna visita semanal, ni a las misas dominicales. Llevaba siempre diez pesos exactos para comprarme un raspado y una mirada de "borrego a medio morir", como decía mi padrino y todo aquel que veía cómo la miraba. Su mamá me saludaba y yo no dejaba de escribirle cartas a la mía describiendo todo lo que esa muchachita me hacía sentir:

Ay, amá, vieras qué bonito me mira la María, los ojos le brillan, su sonrisa aparece con dos hoyuelos preciosos; viene de vez en cuando y siempre siento que se queda cerca. Está aquí mientras escribo y no puedo evitar sonreír al sentir su ternura a lado mío. Sabía que me quería, incluso antes de que lo dijera, lo demostraba de muchas maneras y en diferentes momentos.

Me invitó a comer en su casa por el cumpleaños de su papá, todos me recibieron muy bien, estaba su hermana, sus 4 hermanos, sus tías y primos. A todos les gusta el tequila como a mí, pero por los nervios dije que no tomaba.

En fin, las gardenias y rosales del jardín están creciendo rápido, su olor inunda la casa, el tiempo de lluvia ya pasó y el sol está fortísimo. Quizá mañana traiga unos tulipanes. De todo lo que me ha enseñado mi padrino lo que más disfruto es cuidar flores, y, aun así, en el campo sigo sin dar una.

Te quiero, amá.

Pedro.

Los días se nos habían ido en pláticas y abrazos, tal vez uno que otro beso. En ese entonces ya sabía que adoraba los animales, el café y las semillas de girasol. Entonces un día nos dispusimos a salir del pueblo para pasear. Tomamos un par de camiones y llegamos por fin. Era un lugar de veras bonito, con árboles de jinicuil y aguacate, matas de frambuesa, aves de paraíso y muchas otras

flores. Nos recibieron un par de perritos, a María le encantaban, los acarició y le puso un nombre a cada uno. Había un penetrante olor a tierra mojada. Se sentía una ligera brisa por el agua que corría en el lugar. Caminamos un rato y vimos un par de aguacates tirados en el suelo, los pelamos y «éntrale, tata Matías, que de esto no hay todos los días». También conseguimos semillas de girasol, algunas frituras, agua fresca. Nos sentamos en un tronco, recargué mi cabeza en su hombro y nos quedamos en silencio por un rato. Las plantas, el agua, sus ojos, la forma de sus labios. Qué agradable sensación la de estar en donde los dolores no pesan tanto, las risas son más fuertes y el calorito que pareciera estar afuera en realidad está dentro de uno. Pasaron horas y nosotros nos quedamos ahí. Después la acompañé a su casa y luego me fui a la mía. Desde entonces íbamos cada que había tiempo, pues se había convertido en nuestro lugar.

Decir que quiero a la María siempre me es poco. Cuando su cabello ondulado toca mi cara y sus manos tibias rozan las mías, en mi pecho se siente una ultrajante paz. Aquello permanece aquí, crece como una plantita que sin duda alguna se riega a diario.

Mi padrino ya me esperaba para cenar, platicamos un rato sobre mi amá, la chamba, la escuela y un poco más de María.

-El tiempo pasa rápido, me dijo, parece que fue ayer cuando mi comadre me pidió que fuera tu padrino de bautizo- soltó una pequeña risa- yo ni iba a la Iglesia, pero, en fin, estoy orgulloso de ti, muchacho.

Nos abrazamos y recordé las palabras de mi amá antes de irse: Es una de las personas más amorosas que he conocido, siempre dispuesto a ofrecer un abrazo y la mano cuando se necesita, te vas a quedar con él un tiempo, que Diosito me lo cuide y me los proteja.

El cielo estaba lleno de nubes y como cada viernes, no vería a María, entonces visité a Elvira, la vecina. Platicamos y me felicitó porque la habían llegado rumores de que María y yo nos casaríamos.

-Primero Dios- le dije- el año que viene, lo platicamos el otro día con sus papás, pero me sorprende que de todo se enteran aquí- me reí- en fin, eso venía a contarte, pero me ganaron. ¿Y tú cómo andas con Pancho? - pregunté.

Me ofreció una tequilita y poco después soltó las primeras lágrimas, una, dos, tres... lloró y lloró, sus ojitos se le pusieron bien rojos. Mientras me contaba la historia con

gran detalle no pude evitar entristecerme, incluso sentí cómo el amor de Pancho se le fue, parece que nunca la quiso.

-Me estoy ahogando- repetía entre lágrimas y yo sólo pude abrazarla, por más que quisiera sé que no puedo alejar su tristeza tan pronto.

Se nos fue el día entre tanta plática. Al irme me dijo que sería madrina de lazo, me reí y le agradecí.

Pasaron un par de días desde aquella visita, mi padrino y yo fuimos al campo, llegamos a casa como a las siete de la tarde. No había llevado mi celular, pues siempre se me cae en la chamba, entonces al llegar vi que tenía llamadas perdidas de mi futura suegrita. Decidí ir a su casa para ver si necesitaba algo y aprovechar para ver a la María. Pasé por el zaguán. La casa olía a flores. Nuestras miradas se encontraron. Sé acercó. Aguantó por un momento el llanto. Me abrazó.

-Ay, Pedro, se nos fue- me dijo llorando casi sin poder hablar.

No supe qué decir. La busqué con la mirada. Adentro lloraban. Su abuela lloraba. Su papá lloraba.

- ¿Qué pasa, señora?, pregunté como quien no quisiera escuchar respuesta.

En ese momento uno quisiera salirse de su propio cuerpo y arrancarse el corazón mientras pasa. Ojalá mi amá hubiera estado aquel día aquí y no allá quiénsabedónde. Cada día escribía lo que me pasaba con el mero afán de que al regresar conociera detalladamente cada momento e hiciéramos como si nunca se hubiera ido, pero ni escribiendo cien cartas podría explicar lo que he necesitado su abrazo los últimos meses desde aquel día. Últimamente he pensado que Dios tiene consentidos y yo no soy uno.

Mi muchachita valiente, qué diera yo por tenerte aún aquí a mi lado. Ay, María, cómo te extraño, sentadita con tu cabeza recargada en mi pecho, diciéndome que me amas. Yo qué iba a saber del amor, pero mirándote lo supe. Con tus dulces ojos, tu piel morena, y la sonrisota que te cargabas, condenada, ¡cómo no lo iba a saber! Ay, morenita preciosa, todas las tardes me siento a platicarle a Chuchito lo mucho que te extraño y se me llenan los ojos de lágrimas, pero ya qué me queda.

La tertulia del desatinado

Margarita Vázquez Castañeda
Lingüística y literatura hispánica

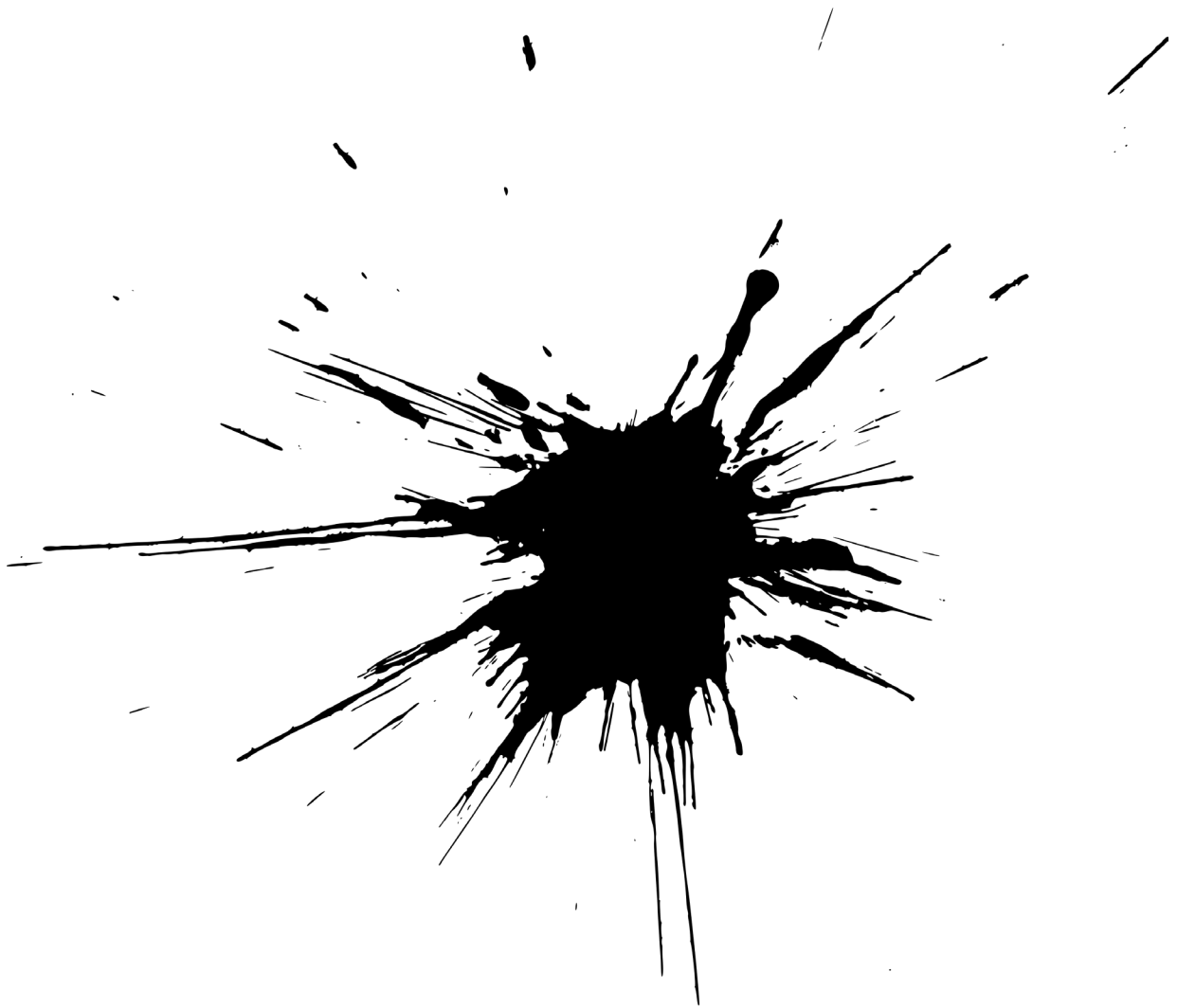
Díjose por la bibliotecaria: El señor que deseaba renacer quiso comerse los libros de la biblioteca para limpiar las asperezas que pudo dejar el jugo agrio que tomó por la mañana. Pensaba que además de purificar su sistema, adquiriría las propiedades transmutables del papel y lograría hacer que de su espalda brotaran unas hermosas alas de golondrina tijereta. Masticó y tragó páginas enteras de diversas autoras con la esperanza de que su “ligereza” beneficiara su vuelo. Sin embargo, su cometido se vio afectado cuando una pareja de oficiales atendió a los llamados de lectores que, alarmados, aseveraban cómo un maniático se devoraba los libros en la sección de poesía. Tan pronto dieron un vistazo por la estantería, lo encontraron infraganti engullendo la última página de una antología de letras revolucionarias y no dudaron en llevárselo preso.

Díjose por la policía: En la comisaría, el personal quedó perplejo cuando del estómago del arrestado no brotaron borborigmos sino versos. Se contactó de inmediato con el hospital más cercano y durante la espera, un visitante comenzó a reconocer el festival de voces que resonaban en su interior: «...Mi espíritu repartido en pedacitos, desparramado sobre la mesa de la ruleta, recobro lo que puedo», «Todas íbamos a ser reinas, de cuatro reinos sobre el mar: Rosalía con Efigenia y Lucila con Soledad», «...Huye del lazo inhumano, que el amante más rendido es, transformado en marido, un insufrible tirano». Sin duda -comentó-, las primeras

líneas vienen de Diane di Prima, la poeta de los versos eróticos y pureza vital; la segunda, desde luego, es Gabriela Mistral con estrofas profundas como el mar que debió gobernar Soledad; y la voz tercera, ¿será posible que se trate de Margarita Hickey, la defensora de las capacidades intelectuales de la mujer?

Díjose por el hombre: ¿Cómo es que las palabras de estas mujeres navegan por mis entrañas? ¿Es posible que su esencia se propague en mis jugos gástricos y cree olas demoledoras con ellos? ¿Acaso las poetisas se sublevan por haber sido confinadas en los adentros de un individuo? Antes de obtener respuesta alguna, un grito desgarrador saltó de su ombligo: «¡Mi cuerpo no es tu cuerpo, mi cuerpo no es tu casa, ni cosa, ni propaganda, ni tu accesorio nuevo!» y después de escuchar esta última línea de Bárbara Ali, quedó desmayado.

Díjose por la intendencia: El personal de paramédicos lo subió a la ambulancia y fueron escoltados por patrullas hasta llegar al hospital. Se le internó en una habitación individual, pero cuando su cuerpo tocó las sábanas blancas -como si todas las poetisas iniciaran una rebelión al primer contacto con el lienzo-, convulsionó cual lobina sacada del río. Rápidamente le administraron una dosis de diazepam y una vez estabilizado, mandaron a hacerle un lavado intestinal y pruebas diversas para tratar su malestar. A la llegada del atardecer, la especialista que atendería su caso entró a la habitación para encontrarse con una cama vacía, la ventana abierta y lo que parecía ser una pluma de papel con la leyenda “Libres hasta el fin”.



Ensayo

The witch

trastoca el universo de la brujería

Andrea de Jesús Espinoza Morales
Lingüística y literatura hispánica

A hondar en la concepción de la bruja articulada con los tópicos de lo erótico y sexual son las principales vertientes que retomamos en este trabajo con el objetivo de analizar la caracterización que permeó al sujeto femenino durante la Edad Media. Asimismo, aludir a las connotaciones otorgadas antes, durante y después de su persecución para develar la polarización de su identidad primigenia.

En el presente análisis partiremos desde una aproximación teórica enmarcada en el *Erotismo y brujería* de Jacques Finné, *La bruja* de Jules Michelet y el *Calibán y la bruja* de Silvia Federici. Siguiendo esta pauta, retomamos la obra filmográfica *The witch* del Dir. Robert Eggers (2015), que nos servirá para analizar determinados aspectos que se han adjudicado a la praxis de la brujería.

En primer lugar, realizamos un recorrido histórico para contextualizar los factores causantes y consecuentes en los que profuso la brujería. A partir de ello, correspondemos a la aseveración de la investigadora Margaret Murray, quien sostiene que “la brujería en la Edad Media retoma ritos de fecundidad, bajo el concepto de Cultos Diánicos, o Religión de Diana. Rama de la brujería con un fuerte sentido feminista” (Murray 6). Dicho culto representa la esencia del espíritu femenino vinculado con la naturaleza. En contraste a la hegemonía ideológica que mantuvo el cristianismo cuando se estableció en Europa.

Esta nueva religión subvirtió la visión de las clases altas mientras el pueblo resultó sublevado a la condición de subalterno con los viejos cultos que no coincidían con los ideales de la religión. De esta manera, el especialista Jacques Finné, data que, el medievo estuvo permeado de herejías y sectas disidentes contrarias a la ideología cristiana.

Su concepción estaba basada en aras de beatitud e iluminación eterna, hasta después de la muerte. Referente hegemónico que no coadyuvó, por el contrario gestó el influjo emancipatorio a través de sectas y sociedades secretas que mantenían sus rituales. Lo que propició enemistad por la religión: atribuyendo a las sectas disidentes el deseo de subversión y de vicio sexual.

Aunado a ello, Jaques Finné menciona que, también los autores sensacionalistas

contribuyeron a estigmatizar la imagen de la bruja vinculada con la magia y el amor carnal. Para relacionarla con aberraciones sexuales y ceremonias paganas, lo cual tergiversó el verdadero simbolismo que radicaba en la mujer poseedora de sabiduría en torno al espacio rural. Figura que alude a la fémmina; la matrona que transgredió los prejuicios que la asediaban profusamente durante la Edad media (Finné 19) y que actualmente sigue subvirtiéndose.

Por tanto, en lo referido por Margaret Murray: en la brujería sedimenta la compensación de “la sabiduría popular, las creencias espirituales y folklóricas que la Iglesia no logró fusionar con su visión de mundo” (Murray 7). Yuxtapuesto a esta perspectiva, pondera la condición económica y social que suscitaba Europa en ese periodo. Y es que fue un lapso muy precario en cuanto a suministros alimenticios compaginado a la permanencia de diversas epidemias donde el contexto fue proclive a las más terribles hambrunas. Propiciando el deseo de canibalismo y entre estos actos fluctuó la apropiación erótica.

De este modo, la personificación de la mujer medieval, configura lo expuesto. Con tendencia física que la predispone más que al sujeto masculino a lo fantástico y a lo sobrenatural. Finné refiere que, hasta el año de 1275, fue cuando se halló excepcionalmente a una mujer quemada tras haber copulado con el diablo. Añadiendo que, en el año de 1430, la Inquisición perseguía a las mujeres con este tipo de conductas secretas. Por tanto, la mayor cobertura que propulsó la literatura medieval radicó en exhibirlas y subordinarlas para reprimir su libertad, generando que las fémminas buscaran alternativas de escape ante su realidad.

En todo caso, la principal desvirtuación de la matrona emergió por medio de las acusaciones atribuidas a los Templarios. Tal secta fue estigmatizada por renegar a Cristo lo que fue asociado con el beso de la infamia, la adoración de una divinidad, gato o ídolo, y orgías vinculadas a la sodomía. Asimismo, los prejuicios consignados a la secta de los Patarinos, fueron emparentados con las relaciones sexuales y la adoración de un animal.

Asimismo, los practicantes del Vudú fueron acusados de tener reuniones secretas donde se figuraba el diablo en forma de macho cabrío, tras lo cual, se entregaban a abusos sexuales. (Finné 30) Cuando en realidad el cristianismo resignificó todos los actos de cada secta, por considerarlos “dudosos”. Esto se vio reflejado

en los decretos que los referían como actos heréticos más allá del corte sexual, lo cual se unificó y atribuyó a la mujer-bruja.

Durante el proceso de la caza de brujas se polarizó la acepción como lo alude Silvia Federici, tras pasada a “la vitalidad sexual que poseía una mujer vieja, afirmando de esta forma, que su vida mostraba un contraste a lo que debía sujetarse; a la infertilidad y la muerte” (Federici, 47), de esta manera adoptó un cariz de criatura inclinada a las tentaciones e inducida al mal de la concupiscencia, debido al furor diabólico. Para subvertir su imagen como un ente maléfico, que invoca, conjura y actúa sobre el destino como lo alude Michelet “la novia del Diablo, la envenenadora” (Michelet 31) que curaba y es llevada a la tortura de las hogueras.

Algunas de las consecuencias de reprimir a la bruja significaron el “condenar la sexualidad femenina reestructurando su vida sexual a la nueva disciplina capitalista del trabajo” (Federici 297). Claro ejemplo de ello, incide en el contraste asignado a la figura de la bruja y de la prostituta. Donde yace la esencia disidente al engaño de los hombres, fingiendo un amor retribuido económicamente, y donde ambas fémminas eran divisadas como mercancía para obtener remuneración económica y un poder ilícito; “la bruja vendía su alma al Diablo y la prostituta se ampliaba el comercio de su cuerpo a los hombres.” (Federici 320)

A través de la persecución de los brujos, los inquisidores romanos y ministros de la iglesia, desempeñaron el papel de acusadores ante las prácticas de brujería. Y sometían a las acusadas a una exhaustiva descripción de las relaciones sexuales mientras realizaban una ceremonia con un cariz obscuro. Momento donde imperaba la curiosidad sexual para hallar alguna marca del diablo. Este signo suponía estar situado en los lugares más recónditos del cuerpo, generalmente en los senos o en la zona genital, y si no era hallado, eran sometidas a sórdidas torturas para que confesaran que eran brujas (algunas de estas acciones fue la inserción de agujas hasta los huesos). (Finné 51)

En cuanto a las ceremonias del Sabbat, Jaques Finné refiere que este rito concierne a una serie de mentiras alteradas por la imaginación calenturienta, tanto de los inquisidores como de las acusadas. Donde evanecía todo el contacto con la realidad, según Giovanni Papini, explica que las mujeres imaginaban estar poseídas o ser esclavas del diablo, lo cual devela que los bacanales

eran producto de visiones e imaginaciones perversas. Aunado a ello Jean Palou apela a la teoría onírica para referir al Sabbat como delirio onírico, extrapolado a los deseos carnales más o menos mitigados en un estado de vigilia. “La bruja verá danzar lo que ella quiera, quizá inconscientemente.” (Finné 59)

Para revelar otro prototipo acentuado a la figura de la bruja, apreciamos la atribución de las manifestaciones sobrenaturales, por ejemplo, el recorrido de más de siete leguas con botas y escoba, y para explicar esto, nos remitimos a los estudiosos contemporáneos y demonólogos que, desestigmatizan esta construcción. Se alude al uso de ungüentos sabáticos, compuestos por sustancias alucinógenas que eran aplicadas en las piernas y paredes vaginales, lo cual, propiciaba efectos paralelos a las drogas, generando una sensación similar a tener alas y volar entre las nubes. Y engendrando una alteración en la percepción del tiempo y del espacio. (Finné 60)

De esta manera, Finné recupera de Robert Amadour que, en las prácticas de brujería salía a relucir el Sabbat definido como el lugar donde “abundan los detalles sobre los aspectos eróticos de las reuniones.” (Finné 57) Conceptualización entendida como una fiesta realizada a la medianoche, momento en el que todo es posible. Lapso en el que se satisfacen los instintos más reprimidos del ser, retornando a la fecundidad y al amor primitivo. Se elucida como un rito en el que subyace el culto a la naturaleza. Un universo de completa emancipación sexual que debe renovarse continuamente.

El anterior fragmento comienza a develar la transición que impera en el filme *The witch* ambientada en la Nueva Inglaterra del siglo XVII. Historia que narra la vida de una familia que se exilia de su lugar de origen debido a su radical sentido de la religión. Abandonan el sitio donde viven y quedan situados en una granja en medio del bosque. En tal hogar resultan asediados por ciertas fuerzas sobrenaturales que los desestabilizan propiciando un mundo de oscuras pesadillas.

En la granja, podemos apreciar a los gemelos, hijos del matrimonio, mientras se divierten con el macho cabrío de la familia, llamado Black Phillip, quien, según los infantes, se comunica con ellos. En este marco emergen animales como el macho cabrío, un cuervo y una liebre, representados como criaturas de las fuerzas aterradoras entre el bien y el mal

Por tanto, el filme revela de manera

simbólica el uso de las tergiversaciones atribuidas a la sectas disidentes, cuando desaparece misteriosamente el recién nacido, Samuel, quinto hijo de la familia resulta raptado por una bruja que habita en el bosque; lo desmiembra hasta obtener su sangre y grasa, con lo cual prepara una mezcla, aludiendo al ungüento que es acompañado de otras sustancias alucinógenas para recrearse como método de rejuvenecimiento y con la capacidad de volar, como lo plantea el ritual descrito por Finné.

Thomasin, hija de la familia exiliada, mantiene un diálogo con el gran Black Phillip, macho cabrío, a quien interpela “- ¿qué quieres de mí? por lo que Phillip responde -anota tu nombre en el libro- (*The witch*) simbolizando su aprobación para ser bruja. Al aceptar, se inserta en el bosque a media noche, acompañada del macho cabrío para iniciarse en el aquelarre. Es un lugar donde observa un grupo de brujas desnudas formando un círculo mientras alaban a la efigie del diablo en forma de macho cabrío. Este festín culmina con el rito sabático que acoge a la recién iniciada Thomasin, quien emula las mismas conductas y forma parte de la comunidad.

De esta manera y con lo aludido en un principio podemos decir que *The witch* mantiene una notable materialización de los estigmas atribuidos a las sectas disidentes del cristianismo respecto a la imagen de la bruja. Así como elementos asociados que inciden en su polarizaron identitaria y divergen del verdadero significado atribuido a la bruja antes de su persecución. Considerando la aseveración que desarrolla Michelet que, por naturaleza, lo femenino germina en forma de hada, buena mujer, o bella dama, hechicera que atrae la buena suerte o alivia desgracias. Es “la mujer que piensa e imagina, engendra sueños y a los dioses. Dama que posee el conocimiento que cura y rehace al hombre.” (Michelet 30)

Por tanto, para comprender el significado de la bruja medieval apela a dar un recorrido histórico donde subyace la figura de lo femenino, lo erótico y lo sexual. Actualmente, esto da pauta a repensar la configuración transmutada que recibimos por parte de este tipo de productos culturales que nos permean asiduamente de prejuicios. Lo cual refleja la oscuridad en la cual estamos inmiscuidos.

Denotando que seguimos en un ambiente misógino en el que la figura de la bruja dotada de sabiduría, coexistente en el sujeto femenino,

prevalece relegada de la sociedad. Es así como al final de la cinta se refleja a una Thomasin (bruja) que logró su emancipación por medio de un proceso que la llevó a integrarse con otros sujetos femeninos en el festín de aquelarre (ritual entre brujas y culto al diablo, opuesto a la eucaristía) para coincidir con las otras brujas que pudieron llegar al ritual por las mismas razones que ella.

Es así como en la actualidad, todos esos sujetos, instituciones, corporaciones y dependencias que sublevan al sujeto femenino son la metáfora de la Inquisición que prevalece vigente. No obstante, cabe resaltar que la fémina se mantiene en pugna para emanciparse de los prejuicios y prototipos que la subordinan, ya sea por el sujeto masculino, o por la imposición ideológica de los distintos contextos sociales que la circundan.

TRABAJOS

CITADOS:

- * Eggers, Robert. *The witch*. Estados Unidos, Canada: 2015
- * Federici, Silvia. *Calibán y la bruja*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tinta Limón, 2015. (312-321).
- * Finné, Jacques. *Erotismo y brujería*. México, D.F. Editorial Olimpo. 1978. (9-66).
- * Michelet, Jules. *La bruja*. Madrid. Ediciones Akal: 1987. (29-153).
- * Murray, Margaret. *El culto de la brujería en Europa Occidental*. Ediciones Titivullus: 1921



El videojuego y la tragedia griega



Jorge Eduardo Domínguez Alonso
Filosofía

Este ensayo explora una evolución respecto a la tragedia desde el teatro, pasando por el cine, hasta el videojuego, siempre desde el punto de vista de la tragedia griega. En él planteo al videojuego como hijo del teatro y hermano menor del cine, para finalmente exponer los paralelismos entre el videojuego y el teatro griego, más específicamente, desde la tragedia.

LA TRAGEDIA GRIEGA

Pues bien, para comenzar esta investigación es necesario primero retomar el texto *Poética*, en el que Aristóteles divide el hacer poético en varias partes, comedia, epopeya, tragedia, etc. En este ensayo abordaré la tragedia, la cual es, al igual que el resto de las especies de la poética, un conjunto de imitaciones que son realizadas por medio del ritmo, el lenguaje o la armonía. Volviendo a la tragedia, ésta ocupa todos estos medios, así también la comedia, por lo que el Estagirita plantea una diferencia clara entre ambos, a saber, que la comedia presenta a sus personajes como individuos peores o iguales a nosotros, caso contrario, la tragedia presenta personajes que, si bien no son perfectos, tienden a ser mejores, más virtuosos que nosotros, personajes que admirar y seguir, así también presenta una cualidad esencial de la tragedia, la catarsis¹.

En resumen, la tragedia puede diseccionarse de la siguiente manera: Primeramente, imita acciones forzadas y completas. Segundo, esta imitación se da por medio de la actuación de los personajes, no por el relato. Finalmente, genera en ese actuar de los personajes, catarsis. Puedo agregar más a esta discusión, que la tragedia tal como la conocían los griegos conlleva una cierta musicalidad, una elocución, etc. Sin embargo, con propósitos de este ensayo, me quedo con estas tres características de la tragedia.

¹ La catarsis se nos presenta como una purgación de las afecciones, del temor y la compasión, que nacen de la acción, actuación de los personajes en la obra.

EL TEATRO CONTEMPORÁNEO

El teatro ha pasado, desde el griego al contemporáneo, por muchos y grandes cambios sucedidos por los diferentes espíritus de las diferentes épocas. Actualmente, sin embargo, el teatro perdió mucha de la importancia que tenía en la sociedad, limitando sus espectadores a un pequeño grupo selecto, a esto, el autor Gillo Dorfles, propone que este descuido que el teatro tiene en relación a las demás artes se debe a que otros medios de comunicación e información la han ido suplantando, la radio, la televisión y el cine (Dorfles, 2016, p. 133), de los cuales este último, llega a suplantarlo no solo en su dimensión comunicativa sino también en su dimensión estética. Con esto no quiero reducir la importancia estética del teatro, sino remarcar su desplazamiento como principal expresión comunicativa y estética en la sociedad, así como en su papel para educar o influir en la población general.

Un concepto importante que he de rescatar para uso de este ensayo es acuñado por Richard Wagner, el concepto de *obra de arte total*, refiriéndose a que el teatro haría uso de las seis artes de su tiempo: música, danza, poesía, pintura, escultura y la arquitectura. He de retomar este concepto de Wagner, no sin antes aclarar que se amplía con la llegada de nuevas formas de expresión artística, posibilitando que al cine también se le llame *obra de arte total*, por su manejo de la imagen, la música, teatro, etc.

CINE Y TEATRO

Así pues la relevancia socio-cultural del teatro fue tomada paulatinamente por otros medios que, de la mano con la tecnología, resultaron más accesibles para el público general. El cine, inició como un mero espectáculo casi circense que se presentaba en algunas pocas ferias para pasar a ser el ahora conocido como séptimo arte, para esto el cine experimentó una serie de procesos experimentales que forjarían al cine tal y como lo conocemos. Uno de estos claros ejemplos es la película francesa *Le Voyage dans la Lune*, de 1902 dirigida por George Méliès, la cual, antes de recordarnos una película contemporánea, nos recuerda una obra teatral grabada desde el punto de vista del espectador, los primeros intentos

de cine, al menos como una especie de arte narrativo, se presentan con una teatralidad indudable.

En sus comienzos, el cine lucía más como el sucesor directo del teatro, sin embargo, con el tiempo desarrolló su propio lenguaje que derivó en su propia experiencia estética, alejándose así de sus orígenes teatrales, alejándose, nunca separándose definitivamente, pues pese a su desarrollo como expresión artística independiente, el cine nunca dejó de beber del teatro, ejemplo de ello es la película chilena *El vecino*, de Juan Carlos Bustamante quien retoma los elementos de la tragedia griega y los adapta al lenguaje cinematográfico.

Así pues, el cine sigue retomando, hasta la actualidad, uno o varios preceptos aristotélicos para el desarrollo de su propia narrativa, elementos que se pueden tomar con mayor o menor rigurosidad, pero que mantienen el legado e intención de la tragedia griega, a saber, el de generar catarsis por medio de la actuación del personaje que imita a su vez acciones forzadas y completas. Así también aparece como *obra de arte total*, en tanto que en su producción se toman varias expresiones artísticas como la música, la imagen o la misma teatralidad.

EL VIDEOJUEGO, HIJO DEL TEATRO

Esta es la propuesta que planteo, ver el videojuego como hijo del teatro², ambos parecen totalmente diferentes a simple vista, sin embargo, al igual que el cine, comparten entre ellos más características en tanto el videojuego se acerca a sus orígenes. Recordemos un poco la historia del videojuego, nace como experimento académico y matemático a inicios de la década de 1950, sin embargo no es hasta 1962 con el videojuego *Spacewar!* que el medio se consolida oficialmente. Las décadas pasan y surgen diferentes experimentos que marcarían una pauta para el desarrollo futuro del medio, sin embargo, tal como pasó con el cine, dichos experimentos no eran de carácter artístico, sino lúdico y recreativo, tendencia que se mantendría en algunos videojuegos hasta la fecha.

Veamos entonces la consolidación del videojuego como obra narrativa y sus semejanzas más próximas con el teatro, recordando que mi eje central es la tragedia

griega.

Varios de los primeros videojuegos narrativos llegarían en un formato que se asemeja mucho a los comienzos del cine como obra narrativa y, por lo tanto, al teatro. Este formato, que podemos ver en obras como *Pitfall* de 1982 o incluso antes con *Air-Sea War* de 1978, presentaban una vista en tercera persona que situaba al usuario alejado de las acciones de la obra. Esta presentación nos recuerda a aquellas que se veían en la película de *Le Voyage dans la Lune*, en tanto que se muestran las acciones de la obra desde una cámara fija situada de tal manera que pareciera ser la vista de alguien en el público de un teatro. Esta idea sería explorada posteriormente con *Super Mario Bros 3* de 1988, el cual juega con la idea de la teatralidad presentando la interfaz del juego con claras referencias teatrales, como un telón rojo decorando la pantalla principal de la obra.

Así también el concepto propuesto por Wagner, también funcionaría con el videojuego en tanto que reúne la pintura, la música, la teatralidad e incluso el lenguaje cinematográfico³ en una sola obra de arte.

EL VIDEOJUEGO Y LA TRAGEDIA

Finalmente, habrá de analizar si la tragedia griega está presente en el videojuego y, de ser así, de qué manera. Para esto retomo los elementos de la tragedia, primeramente, que imita acciones forzadas y completas. Segundo, que esta imitación se da por medio de la actuación de los personajes, no por el relato. Finalmente, que genera en ese actuar de los personajes, catarsis. Así también, me remito a la obra *God of War* de 2005 al ser la más evidente al tomar referencias del teatro griego trágico, en dicha obra un héroe fiel a los dioses se ve rodeado por bárbaros enemigos, por lo que pide a Ares su salvación a cambio de su servicio como soldado y esclavo de los dioses, éste acepta y encomienda al protagonista a luchar en diferentes frentes, siendo un gran guerrero ejecuta las órdenes sin ningún problema, es en una de estas encomiendas de los dioses en donde arrasa con un pueblo sin saber que su esposa e hija se encontraban allí, el protagonista, tras saber lo que ha hecho, queda impregnado por las cenizas de su mujer e hijo como recordatorio permanente de sus acciones. Tras esto, el héroe trágico, lleno de

2 No exclusivamente, claro está que el videojuego, como cualquier arte, ha bebido referencias de todas las disciplinas y expresiones artísticas, más me parece pertinente para comprender en la historia general del videojuego acercarlo en línea al teatro y al cine.

3 Como se puede ver en *Ninja Gaiden* de 1988 o en *Halo Infinite* de 2021, que presentan pequeñas cinemáticas entre niveles para facilitar la narración de su historia.

ira y odio, promete venganza contra el olimpo que le encomendó asesinar a su familia sin éste saberlo antes.

En esta obra es más que evidente el uso del lenguaje trágico, incluso en la época de los acontecimientos y en los personajes, sin embargo, así como el cine adaptó la tragedia a su propio lenguaje, el videojuego hizo lo propio adaptando estos elementos a su propia interactividad. Veamos entonces como se adaptan los elementos esenciales de la tragedia en el videojuego: La tragedia entonces, imita acciones forzadas y completas, esta mimesis es evidente en el videojuego, donde, por medio del modelado, la atmósfera, la paleta de colores, y demás formas visuales, hay una *mimesis* no solo de las acciones sino también de la naturaleza, del hombre y de su mundo. Segundo, esta imitación se da por medio de la actuación de los personajes, estos personajes, a diferencia del cine o el teatro no se comprenden en tercera persona, es decir, no son personajes ajenos a nosotros, sino en primera persona, ya que el personaje es tanto un reflejo de nosotros mismos como una proyección de nuestra voluntad en la obra, esto da como resultado un familiarización y cercanía con los personajes, específicamente con el héroe de esta historia, que es más complicada de alcanzar por el teatro o el cine. Finalmente, genera en ese actuar de los personajes, catarsis, y esta catarsis es aún mayor considerando que estamos actuando, interpretando, nosotros mismos al héroe trágico y que lo que él sufre nos afecta de manera directa al ser este una proyección propia.

CONCLUSIÓN

Como se vio brevemente en el capítulo dedicado al teatro, este medio de expresión ha perdido la relevancia social y cultural que otrora tenía, siendo relevada por otros medios de comunicación como el cine, la televisión la radio e incluso el videojuego, hablando específicamente de este último, el videojuego ha logrado perpetuar la herencia teatral que comparte con el cine, en este sentido pareciera que el teatro fuera la madre de tanto el cine como el videojuego, donde el padre del cine es la modernidad, el padre del videojuego es la contemporaneidad⁴. Estas obras de carácter interactivo, entonces, mantienen viva la tragedia adaptándola a su propio lenguaje, permitiendo así una catarsis más accesible, tanto en la forma en que se presenta como

en el contexto sociocultural, para el público contemporáneo.

BIBLIOGRAFÍA

Aristóteles. (2014). *Poética*. Barcelona: Gredos.

Bayer, R. (2014). *Historia de la estética*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica .

Dorfles, G. (2016). *El devenir de las artes* . Ciudad de México : Fondo de Cultura Económica.

Guthrie, W. (1978). *Historia de la filosofía griega VI Introducción a Aristóteles*. Madrid: Gredos.

Rodríguez, I. M. (2015). *Análisis narrativo del guion del videojuego*. Granada: Síntesis.

Sánchez, J. L. (2010). *Jugabilidad. Caracterización de la experiencia del jugador en videojuegos*. Granada: Editorial de la Universidad de Granada.

4 Sobre esto habla Iván Rodríguez en su libro *Análisis narrativo del guion del videojuego*, retomando a Lipovetsky y Serroy.



Resistencias geopolíticas

Mujeres contra la mina

Laura Isabel Medrano Rivera
Lingüística y literatura hispánica

En la sierra de Puebla las mujeres han emprendido una resistencia contra los proyectos mineros. Desde la cocina, la militancia, el comercio o la manifestación pública, desde los espacios tradicionales o irrumpiendo los destinados para hombres, ellas buscan proteger un territorio y una forma de vida.

Mely Arellano

El presente ensayo de la crónica #Resistencias: *Mujeres contra la mina* de Mely Arellano¹ es un testimonio sobre la comunidad de Ixtacamaxtitlán y la defensa ante el aniquilamiento de sus tierras a través de las voces de las mujeres. Por lo que, Ixtacamaxtitlán funge como un espacio geopolítico donde la mujer resignifica su rol de género desde sus espacios, como el hogar y la cocina, para participar y apropiarse de la lucha de sus tierras, “la sagrada agua” y de su vida.

Por consiguiente, el espacio geopolítico toma relevancia porque mediante las relaciones sociales y de poder se carga de connotaciones que transforman dicho espacio en lugar. Esto es, el lugar se construye a partir de la presencia humana y sus interacciones, determina ideas, sentimientos y crea experiencias específicas. Dentro de este lugar se identifican dos ámbitos: el privado y el público, así el primero pertenece a las subalternidades, como la mujer, y el segundo, al hombre.

LA CRÓNICA

Este género se concibe como el paso entre el periodismo y la literatura que busca preservar los hechos en la memoria humana, sin embargo, sus propósitos cambiaron con la entrada del modernismo. Así, se presentó una variedad de temáticas, entre ellas, narrar situaciones de la vida citadina o urbana. De igual forma, aparecieron diversas formas estilísticas, además de que se convirtió en un género fugaz que capturaba un momento o una escena específica. Por lo que, la tarea del cronista consiste en informar lo que está ocurriendo antes de que deje de ser noticia.

Como resultado, el principal propósito de la crónica es “imponer al cronista la responsabilidad de que su lector pueda *visualizar* lo que está leyendo” (Claudia Darrigrandi 128), y también es la toma de conciencia por parte del cronista sobre lo que va a escribir. Es decir, ya no se

¹ Esta crónica se publicó en *Pie de página*, un portal periodístico independiente mexicano.

busca solo el resguardo de lo acontecido para el conocimiento de las futuras generaciones, sino que, trata de dar voz a los sectores marginados. Como es el caso de las crónicas que componen la temática *Resistencias*, estas consisten en una serie de historias ubicadas en México que, como dice su nombre, resisten contra la explotación masiva de los recursos naturales.

Estas historias están contadas “no a partir de la denuncia de daños sino de los procesos de resistencia a esas expulsiones. Explicar por qué unas señoras salen de su casa a ponerse frente a una máquina excavadora, con una ley, un rosario y una cámara, para detener una mina.” (Pie de página, 2021). Por lo que, cada crónica narra qué convocó a la resistencia y cómo se ha realizado esa lucha. El objetivo de estas crónicas es dar a conocer que “Resistir no es solo aguantar los trancazos, también es construir a partir de lo que nos está afectando” (Pie de Página, 2021).

#RESISTENCIAS:

MUJERES CONTRA LA MINA

La crónica de Mely Arellano relata a través de diferentes voces como doña Ángeles Cruz, Francisca, Ignacia Serrano, Irma González y Hermila Moreno, todas ellas activistas de su comunidad. Desde sus actividades en la cocina hasta la creación de proyectos y la comercialización, estas voces denuncian y resisten para proteger sus tierras de la explotación minera. La empresa promete nuevos empleos y supuesto progreso, sin embargo, estas mujeres entienden que más que beneficiar, causarán daños a los recursos con los que el municipio se alimenta.

RESISTENCIA

DESDE LA GEOPOLÍTICA

La geopolítica se encarga de estudiar los espacios en relación con la sociedad, la política y la historia, por ende, el espacio es “algo vacío, prístino e inocente que aguarda a que se lo divida y compartimente en una serie de lugares con cualidades propias.” (Harvey 209). Es decir, el espacio es aquel existente en una geografía, sin cargas connotativas ni, necesariamente, con presencia humana, va a ser solo el área donde se realicen acciones de un grupo o de alguna organización. Además, Harvey menciona que el espacio se inmanita de significados cuando los lugares se inserta dentro de dicho espacio.

En tal caso, el lugar es la experiencia que el individuo lleva a cabo en un espacio, en el lugar se animan las ideas y los sentimientos

de las personas que interactúan dentro de él para determinar cómo se vive ese lugar. Es así que el lugar significa pertenencia y se interrelaciona con la identidad, sobre todo la de la sociedad, por eso, el lugar representa el encuentro de las personas con otras y con las situaciones, donde estas personas inmantan de significado el lugar de manera continua. Así, en la crónica de Mely Arellano se observa los siguientes lugares:

Ixtacamaxtitlán: es un espacio ubicado a 130 kilómetros de la capital del estado de Puebla, el cual está integrado por 126 comunidades. Gracias a las resistencias y relaciones sociales llevadas a cabo por la mujeres, Ixtacamaxtitlán se convierte en un lugar de pertenencia y de identidad. Está siendo construido y reconstruido por las vivencias humanas, por eso se visualiza como lugar debido al *genius loci* que Harvey describe como el espíritu del lugar.

En efecto, Harvey afirma que “todos los lugares tienen una esencia o un espíritu que no solo les otorga sus cualidades especiales sino que también engendra conductas humanas que reconocen y revelan dichas cualidades” (228). Esto es, Ixtacamaxtitlán es un lugar constituido por espacios del hogar y la cocina resignificados y por proyectos como «la Unión de Ejidos y Comunidades en Defensa de la Tierra, el Agua y la Vida». Así, está constituido por una serie de significados sociales, simbólicos, psicológicos y físicos que dotan a la comunidad de la esencia de resistencia a través de la voz de la mujer.

Otro espacio importante es la cocina, en ella “Ángeles Cruz Montiel defiende su territorio y la “sagrada agua” [...], donde da de comer a las personas que se organizan para impedir el paso a las camionetas de la minera” (Arellano 2017). En este lugar se preparan los alimentos, cuyo motivo es ayudar a toda la población que está poniendo resistencia, la mayoría son hombres. En consecuencia, la cocina sufre una reconfiguración de significados porque no solo es el lugar donde la mujer queda recluida, sino que es el lugar de lucha desde donde ella puede aportar. Esto se ilustra en el hogar porque en él se representa el orden social:

Cuando las relaciones sociales se enfocan desde dentro del espacio doméstico se pueden superar los límites entre lo público y lo privado, entre lo particular y lo general, [...] se subraya con la división del espacio en dos mundos, el de la casa y el del trabajo remunerado —el mundo privado, asociado a la mujer, y el mundo público del hombre.

(McDowell 113- 14).

Lo anterior es resultado de que fuera de la casa son los hombres quienes tienen poder y son quienes se mueven en ese tipo de espacio con libertad y autoridad, sin embargo, la mujer queda confinada dentro del hogar. De esta manera, el espacio de la cocina se concibe a través de la idealización porque al describir lo que doña Ángeles prepara se idealiza la cocina como el lugar donde se llevan a cabo esas actividades, después, la experiencia refiere a la manera en que se está viviendo ese lugar, en la crónica se ilustra con la lucha de las mujeres frente a la destrucción minera de las tierras. Por último, queda el recuerdo, este se representa por medio de la identidad y la memoria que las mujeres construyen a través de sus luchas.

Otro espacio significativo es la presidencia municipal “pintada hace tres o cuatro años con los colores institucionales de la empresa minera -amarillo y naranja. [...] Y hay, además oro y plata en el subsuelo, bajo la misma tierra de la que sacan los chiquereyes, esos bichos que le gusta cocinar a doña Ángeles.” (Arellano 2017). La presidencia municipal adquiere una serie de símbolos, de significados sociales y físicos porque el hecho de que ese espacio tenga los colores de la minera representa una relación de poder sobre las tierras y la población.

Como resultado de los significados simbólicos de cada lugar, el espacio de Ixtacamaxtitlán se constituye como un lugar con connotaciones de lucha, resistencia y, al mismo tiempo, de fiesta porque en las clausuras de las empresas mineras y en sus propias reuniones:

[...] todo mundo llevaba sus antojitos, hubo un lugar en que hasta nos recibieron con música y entonces dijimos “esto es festejo”. Ahí caímos en la cuenta que estos procesos hay que disfrutarlos, no hay que sufrirlos. Entonces dijimos: en el caminar y transcurrir de esta lucha nosotros nos vamos divertir, lo vamos a disfrutar, vamos a honrar el agua, la tierra, los recursos que le están dando sentido a esta lucha, vamos a compartir, vamos a convivir, no la vamos a pasar mal. (Arellano 2017).

Entonces, Ixtacamaxtitlán es el lugar que posee cualidades y conductas que conforman su espíritu y su esencia. Igualmente, la comunidad decide cómo se va actuar dentro de su lugar y determinan cómo se vive en él a través de la memoria colectiva e individual. Heidegger alude que un lugar se habita cuando se “alcanza una unidad espiritual entre los seres humanos y las cosas” (*qtd* Harvey 229).

Entonces el municipio se convirtió en ese habitar, en esa unidad a través del festejo.

El espacio de la casa queda idealizado a la mujer y se convierte en una forma de poder que las restringe a ese lugar, sin embargo, las cinco mujeres han cambiado la forma en que se identifican dentro del hogar. Ellas mencionan:

—Poco sabemos de las mujeres y pocas somos las que estamos mostrándonos y así, pero yo creo que el que usted haya venido demuestra que sí hay mujeres que están defendiendo y alertas, y al pendiente, y que Loma Larga no es sólo doña Ángeles que ayuda desde la cocina y eso no se ve, no se visualiza ante los mismos hombres -reprocha Irma-. A veces que nos den voz nos intimida, que nos digan “a ver tú, dílo como mujer”, no nos salen las palabras porque no estamos acostumbradas a esta manera, lo hacemos más desde el silencio, desde el hacer, más que desde lo hablado.
—Siempre el hombre está al pendiente y nosotras siempre estamos atrás y en la cocina -continúa Hermila. (Arellano 2017).

CONCLUSIÓN

Finalmente, al construir los lugares el individuo se construye a sí mismo y, al mismo tiempo, resignifica los lugares en los que se encuentra, tanto en el plano material como en el conceptual y el práctico. Todos los lugares se construyen gracias a las prácticas culturales, las relaciones sociales y los procesos político-económicos, por lo que Ixtacamaxitlán se resignificó mediante nuevas prácticas culturales como el festejo que se interpuso ante los avances de la empresa minera.

Así mismo, las mujeres resignificaron su rol de género a través de una resistencia desde la cocina, el hogar, el comercio y los proyectos creados para el cuidado de las tierras. Como resultado, las relaciones de poder, sobre todo las de la mujer y el hombre se modifican, puesto que las mujeres toman un papel protagónico desde su lugar designado, son ellas quienes alzan la voz en contra de las destrucciones de la tierra, el agua y la vida. Por otro lado, se considera su lucha como una reorganización de su sociedad para orientarla a determinados fines, el resguardo de la vida, que garantizan la unidad del conjunto.

De esta manera, el espacio geopolítico es el resultado de las transformaciones que realiza la presencia humana a través del tiempo. Estas transformaciones se llevan a

cabo en lo natural, lo social, lo económico y lo político, lo mismo sucede con Ixtacamaxitlán, se connotó gracias a esas transformaciones y le dio una nueva esencia: la resistencia de las mujeres desde sus espacios idealizados, los cuales son tradicional y culturalmente determinados para ellas.

TRABAJOS CITADOS

- * Darrigrandi, Claudia. “Crónica latinoamericana: algunos apuntes sobre su estudio”. *Cuadernos de literatura*, julio-diciembre 2013: 122-143. Digital.
- * Harvey, David. “Lugares, regiones, territorios”. *El cosmopolitismo y las geografías de la libertad*. España: Akai, 2017. (191-231). Digital.
- * McDowell, Linda. *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Trad. Linares Pepa. España: Ediciones Cátedra, 1999. Digital.
- * Mely Arellano. #Resistencias: Mujeres contra la mina. Lado B. Periódico digital. 23 de octubre de 2021. <https://www.ladobe.com.mx/2017/07/resistencias-mujeres-contra-la-mina/amp/>
- * Pie de Página. *Resistencias. Periódico digital. 20 de noviembre del 2021*. <https://piedepagina.mx/resistencias/>

El vínculo de la lírica

a partir del instante poético
e instante metafísico

Jessica López Mendoza
Filosofía

*Corta las rosas, córtalas hoy mismo:
que de su recuerdo vivirás después*

Andrés Henestrosa

Mucho se habla de poesía, se recita, se guarda silencio y se recuerda; se le lleva siempre en los bolsillos, de aquí a allá, como se lleva uno las llaves del hogar. La poesía no solo es perfecta; es atemorizante, bella, sublime, horrenda. En todo eso yace su grandeza y polivalencia. Entre líneas, el autor abraza al lector no solo por su labor *dialéctico-artística*, la cual emana de una filosofía de la propia experiencia *histórica-embellecedora* y florece de la relación entre el pasado y el presente (aludiendo de manera juguetona hacia el poema), sino también por el hecho de que no sigue la *διαίρεσις* (división) cuando se trata de lírica. Deja pues al lector inquieto, perturbado, es “como si fuera un rayo que te parte los huesos y te deja estaqueado en la mitad del patio” (Cortázar 556). Y por instantes, como destellos fugaces, se cree que los senderos poéticos conllevan en todo momento ruido, movimiento o algún fin en particular; pese a eso, la obra preserva también las dualidades o contrariedades que parecieran estar lejos del rincón poético, pero en realidad, también son parte de su esqueleto. Los senderos poéticos alumbran todo aquello que hace hermosa la vida, es decir, el desvelamiento poético busca detrás de lo cotidiano, escenarios de encuentro y desencuentro que hacen de la vida instantes bellos, utilizando la imaginación como puente clave; no para deformar o desfigurar la realidad de la propia existencia, sino para penetrar en ella y manifestar lo oculto tras las apariencias.

Una permanente búsqueda del tiempo perdido, y el que uno guarda en los bolsillos, es lo que permite al instante *poético-metafísico* ser el episodio y el espacio que se adentra en los secretos de la propia vida y en la de los otros. A propósito, en su *Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua*, Chumacero nos dice: “en las letras, la novela, el teatro, la poesía, el ensayo, se descubre desde un principio uno de los pocos solaces que vuelven hermosa la vida que nos ha tocado compartir” (8). Es decir, se presenta una construcción idílica entre la vida y el individuo que está sujeto a ella; hundidos no solo en los mares de significaciones mediante palabras o sentidos, sino también enganchados a la espera, la desesperación, el silencio, y al tiempo que siempre se quiere ir. En *La intuición del instante*, Bachelard nos dice que la poesía, como un destello resplandeciente y alegre, es también:

Una metafísica instantánea. En un breve poema, debe ser una visión del universo y revelar el secreto de un alma, del ser y de los objetos al mismo tiempo. Cuando obedece simplemente al tiempo de la vida, es menos que la vida; no puede ser más que la vida sino inmovilizando la vida, sino viviendo en la realidad la dialéctica de las dichas y de las penas (Bachelard 226).

La poesía, como pequeños brotes que se desprenden de la tierra, ¿es una *metafísica instantánea* que parte *más allá* del propio tiempo, como soplos de viento que van y vienen una y otra vez? El método se vuelve superfluo en las memorias del tiempo pasado y los anhelos del tiempo futuro; el silencio, según Bachelard es el protagonista, quien porta un papel importante pese al sigilo que carga siempre consigo. Y es que, además del silencio, es menester *la soledad* para el poeta; no una soledad personal, sino ontológica. Además de que el poeta es partícipe de lo eterno, de lo infinito y de lo uno; el instante metafísico se hace presente en aspectos intangibles pero necesarios, puesto que ni el tiempo, ni el lugar o el número tienen un valor para el poeta y su mundo.

Por lo tanto, la soledad ontológica se vuelve un ejercicio de creación, hasta el punto de que el propio poeta “es, a primera vista, un poeta seco, escueto, difícil”, por eso es que, “su poesía no se entrega a la primera lectura: para gozarla, para entenderla, hay que frecuentarla”

(Chumacero 41). Internarse en el instante *poético-metafísico*, es instalarse en un estado de soledad ontológica. La comprensión existencial del fenómeno de la soledad se entiende, en parte, desde de la propia experiencia del silencio, Cortázar describe: “después caíamos en silencios terribles y la espuma de los vasos de cerveza se iba poniendo como estopa, se entibiaba y contraía mientras nos mirábamos y sentíamos que eso era el tiempo” (27). Ese sigilo que parece no tener presencia alguna, pero que es menester darle un lugar, es como *una habitación vacía*, olvidada y descuidada a causa del tiempo, seguramente, así el silencio se sumerge en la poesía como un tentáculo que se devela y brota (φύω) de ella. La habitación, ese fragmento (de materiales compuestos y revueltos) produce eco, resonancia y entonces la reflexión retumba más fuerte de lo esperado; la poesía es esa habitación deshabitada, repleta de silencio, que retumba de un rincón a otro, de un momento a otro, y entonces, acontece al instante, a un santiamén de *su propia voz*. Es decir, la soledad ontológica lucha y vuelve a luchar contra el olvido a través de las palabras, del poema mismo que como *icebergs* se derriten frente a uno y le develan al hombre la luz poética. Hay que deslindarse del sendero lineal para llegar a una soledad ontológica que también es una voz y una aventura que da señales de vida, justamente porque hay poesía. Y a raíz de eso, el poeta rompe con la continuación escueta y simple de lo delimitado, de lo que ya está atado; lo lírico rompe con esa atadura. Y como apunta Bachelard en *La intuición del instante*:

En todo poema verdadero se pueden encontrar los elementos de un tiempo detenido, de un tiempo que no sigue el compás, de un tiempo al que llamaremos «vertical» para distinguirlo de un tiempo común que corre horizontalmente con el agua del río y con el viento que pasa (227).

Es así que, en la poesía ocurre un divorcio del mundo y la realidad que en suma se anhela y se vive mediante una lógica o un método ya compartido y predispuesto, el autor lo bautiza como un *tiempo vertical*. El tiempo se prolonga y dura en nosotros porque amamos y sufrimos, es decir, los contrarios se hacen presentes en la discontinuidad que será el cimiento que haga florecer todo lo demás, incluyendo al tiempo vertical; la verticalidad, se rige entonces por esa negación de la propia

continuidad y, por ende, del tiempo horizontal el cual es lineal, lo que ya tiene un ritmo y a lo que uno está acostumbrado normalmente. En primera instancia, se aluden dos términos como base del tiempo vertical: la duración y el instante, lo que significa que, el tiempo se compone de una infinidad de instantes que empiezan y terminan siempre. La intuición del instante, ese empujón para no caer en esas *lagunas* que suele tener el individuo cuando se trata del tiempo y la duración; el tiempo vertical será esa *re-construcción* de la propia continuación que retoma del propio Bergson. Pues como apunta Roberto Juarroz en *La Noción del tiempo en la poesía*:

Si la vida no es más que un comienzo.
También dormir, tropezar,
desandar un camino,
detenerse en un rostro, pensar,
encender una lámpara,
y, por cierto, apagarla¹.

El fenómeno del tiempo y su paso, han sido inquietudes constantes para el hombre, una semilla trágica de su propia existencia. El tiempo es un factor estelar en todos los terrenos o senderos del sujeto y es justamente ese tiempo trágico, pero con toques de dicha y fortuna, lo que devela el instante poético con base en el movimiento vertical que lo acompaña. “En el instante poético, el ser sube o baja, sin aceptar el tiempo del mundo que reduciría la ambivalencia o la síntesis y lo simultáneo a lo sucesivo” (Bachelard 152), hay un desnivel, un contraste entre el tiempo vertical y el tiempo lineal, este último Bachelard lo denomina “tiempo horizontal”. Así pues, el tiempo vertical rasca en un lapso que no se forja únicamente en una línea recta en el espacio, sino que la misma verticalidad de la vida da vuelta, se tuerce y vuelve una vez más al punto inicial, comprendiendo que cierto tiempo llegó a su apogeo para comenzar otro, que pasará por el mismo ciclo, un ir y venir; como el hombre ante su permanencia en la Tierra, llega y se va en algún momento para que viva alguien más y el tiempo continúe en ese devenir inacabado.

El poema entonces opta por el sendero vertical, donde no ocurre esa continuidad, ese proceso paralelo o lineal. Con base en ello, Bachelard pone sobre la mesa la prosodia y la poesía, como se pone una rica taza de café que con el transcurso del tiempo deja de ser lo que fue en un principio, cuando estaba en su punto

1 Roberto Juarroz. (2005). *Noción del tiempo en la poesía*. Argentina: Emecé editores, P. 209.

máximo de calor y pasa a otra temperatura, pues pese a que se revierta y se caliente una vez más el líquido, es inevitable que brinque a otro estado, deja de ser lo mismo que fue en un inicio y parece ser un ciclo; así es la prosodia, su tiempo se mantiene horizontal puesto, que solo establece ecos cíclicos y continuos, es decir: “la prosodia permite reunirse con la prosa, en el pensamiento explicado, con los amores sentidos, con la vida social, con la vida que corre, la vida que pasa, lineal y continua” (Bachelard 227). Es como una regla desgastada, esa regla prosódica se compara con la vida, con el método rígido, con el apego que alguna vez fue y ya no es más; esa vida uniforme que se elige normalmente, que se vive cotidianamente.

Sin embargo, del otro lado del puente que no es puente, *pero ya es* de una forma, es donde está el tiempo vertical, el temple de la poesía; “ahí donde me invitas a saltar y no puedo dar el salto” (Cortázar 555). Porque un puente, en esencia, no es vertical, no se sostiene de un solo lado, y pese a eso es un puente metafísico anclado a la verticalidad; va más allá de lo común, de lo lineal u horizontal, puesto que el fin último consiste en esa verticalidad, ese mar hondo y profundo que te incita a dar el salto pese a que uno se pueda ahogar si no sabe nadar; ahí es donde ocurre el instante, el acto que simula a un relámpago fugaz. Es pues que, según Bachelard el instante poético:

Conmueve, prueba, invita, consuela, es sorprendente y familiar. En esencia, el instante poético es una relación armónica entre opuestos. En el instante apasionado del poeta siempre queda un poco de pasión. Las antítesis sucesivas gustan ya al poeta (227).

Es decir, en su complejidad, el instante supone un arte, un trabajo y un esfuerzo en el que su génesis (γένεσις), su origen o principio, se sustenta en las antítesis; ese separar (κρίνειν) armónicamente los opuestos que se presentan, como es el caso del ser y no ser, esa ambivalencia de contrarios que necesitan forzosamente del otro. El poeta, se reduce pues, a ese instante poético en el que se reconoce, como quien se ve en un espejo un día por la mañana, se refleja en las palabras que su conmoción ordena y después se cae en una embriaguez lírica, apasionante y desgarradora que no siempre deja dormir cuando la noche cae. Esos instantes también se prolongan; el poeta se sumerge en ese

tiempo vertical, en el devenir de todo lo que le rodea y de sí mismo porque, como apunta Herbert Read en *Arte, poesía y anarquismo*: “los momentos de creación son silenciosos y mágicos, un trance o arrobamiento durante el cual el artista se halla en comunión con fuerzas que yacen bajo el plano habitual de la emoción y el pensamiento” (28). Es pues, que en este sentido emana la soledad ontológica en el tiempo vertical según Bachelard:

Ya el instante es soledad... Es la soledad más desnuda en su valor metafísico. Pero una soledad de orden más sentimental confirma el aislamiento trágico del instante: mediante una especie de violencia creadora, el tiempo limitado al instante nos aísla no solo de los demás, sino también de nosotros mismos, puesto que rompe con nuestro más caro pasado (13).

Surge entonces un umbral donde la contemplación y el uso de conciencia sobre esa soledad están en primera fila. El tiempo visto desde un instante solo, abandonado y desamparado. Los terrenos poéticos se vislumbran entonces en instantes infinitos que componen el propio tiempo, el cual se bifurca en nuevas formas que renacen constantemente, es decir, nuevas manifestaciones en relación con el mundo. Justamente, esa *relación-vínculo* es transformada por el poeta en su soledad ontológica, donde el instante poético da señales de vida una vez más.

Es pues que, a raíz del camino vertical, se predisponen tres aspectos para deslindarse por completo del sendero horizontal: romper con los marcos sociales, fenomenológicos y vitales de la duración; solo rompiendo con esos marcos es que se puede despojar de todo sendero horizontal y apelar a que: “el tiempo ya no corre, brota” (Bachelard 229), el tiempo vertical se eleva a lo más alto y se hunde en lo más recóndito. El poeta logra tanto alejarse del tiempo *mediático-horizontal* como alimentarse del instante poético. Poetas como Mallarmé, resquebrajan también el rumbo horizontal del tiempo alterando aspectos de coordinación, en tanto el orden untado de caos está impreso en el umbral íntimo del poeta. Por otra parte, poetas más llevaderos como Baudelaire perciben el tiempo a partir de la mirada de los gatos, es pues que, para los poetas que optan por ese instante ya estabilizado, el poema no se desdobra, tan solo se sujeta como gusanos en una planta.

Es decir, “todo lo que nos separa de la

causa y la recompensa, todo lo que niega, la historia íntima y el deseo mismo, todo lo que devalúa a un mismo tiempo el pasado y el porvenir, se encuentra en el instante poético” (Bachelard 231), plasmado para siempre. Se retoma entonces con base en un *Lamento sonriente*, una de las ambivalencias más perceptivas en el corazón que late, late cada vez más y ese cambio de uno a otro solo ocurre en *el acontecer del tiempo vertical*; es decir, no se trata únicamente de desmenuzar y dejar por dejar migajas de la pura emoción, sino que en realidad se vuelve una salida de la propia conmoción:

El poeta es entonces el guía natural del metafísico que quiere comprender todas las fuerzas de uniones instantáneas, la fuga del sacrificio, sin dejarse dividir por la dualidad filosófica grosera del sujeto y del objeto, sin dejarse detener por el dualismo del egoísmo y del deber. El poeta anima una dialéctica más sutil. Revela a la vez, en el mismo instante, la solidaridad de la forma y de la persona. Demuestra que la forma es una persona y que la persona es una forma (234).

El poeta entonces se abandona y cede libremente su situación afectiva irradiando, como rayos de sol que sobrepasan a través de las ventanas, pedazos de su sensibilidad. Su propósito no es hallar nuevas emociones, sino valerse de las ya conocidas y, al transformarlas en poesía, articular sentimientos ante una interpretación del mundo. El poema es en sí mismo un universo que se basta y se sustenta a sí mismo, se edifica con sus propios materiales para construir y construirse a sí mismo. A raíz de eso, es que la poesía cumple con su labor y al mando de sus propios cimientos es como denuncia entre líneas; la alegría, el abatimiento, la desesperación, la lucidez y universalidad de sentimientos que siglos, siglos después, son sentimientos de alguien más y probablemente vivencias que rascan a través de letras ajenas que se vuelven propias al mismo tiempo.

La poesía es movimiento, se eleva en la forma más pura de su ser y parece en ese mismo sentido. Es un acontecer sujeto en todo momento al movimiento, al *contra-movimiento*, por ello es que la poesía crea así su propio instante. Una interpretación del sentido de la vida misma, punto de fuga del levantamiento del peso que las palabras evocan y conducen al recinto eterno *de lo*

perdurable. Es pues que, no se deja partir en dos como sí se deja una rebanada de pastel; la poesía no permite la desintegración entre *sujeto-objeto*, vacía en su mismo instante la sutileza, le otorga la oportunidad al instante decisivo, ese tiempo oportuno que se vuelve parte del sujeto y la forma para que ambos estén firmemente unidos. Solo así es que se puede vestir, enjoyar, el poema en un «todo junto». En suma, el instante metafísico se vale del instante poético necesariamente y de ahí empieza el desprendimiento de los elementos que los componen para volver a formar *un algo que es menester y vertical*, se asimila al tiempo, al día a día que vive la mortalidad; siempre apaga la luz, llega la oscuridad, la noche eterna que come y devora; la forma duerme con el sujeto y el sujeto con la forma y como apuntaría en este instante poético-vertical Alí Chumacero:

Bien se sabe el poeta que es breve la rosa,
pero eternos su recuerdo y su perfume².

REFERENCIAS

BIBLIOGRÁFICAS

- * Bachelard, Gaston. *Instante poético e instante metafísico*, en *El Derecho de Soñar*. México: Fondo de cultura económica, 1997.
- * Chumacero, Alí. *Acerca del poeta y su mundo*. México: Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 2010.
- * Cortázar, Julio. *Rayuela*. México: Debolsillo, 2017.
- * Juarroz, Roberto. *Poesía vertical I*. Buenos Aires: Emecé Editores, 2005.
- * Read, Herbert. *Arte, poesía y anarquismo*. Buenos aires: Reconstruir, 1955.

² Alí Chumacero, *Acerca del poeta y su mundo* (México: Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 2010), 40.





Fotografía

Puebla

una ciudad llena
de secretos





Fotografías y texto:
Leonardo Castillo Cuahutencos
Historia

La muy noble y muy leal ciudad de Puebla tiene un sinfín de espacios tan pintorescos y llenos de historia, lo cual hacen especial y única a esta maravillosa urbe. Solo es cuestión de conocer todo lo que ofrece, para ver el gran valor que posee la hermosa ciudad de Puebla, que al mismo tiempo hace que sea un verdadero tesoro por descubrir.



Todo esto es resultado de un largo camino que ha escrito cada uno de sus habitantes día a día, en estos 490 años de historia que cuenta la ciudad; la cual se comenzó a escribir un 16 de abril de 1531, cuando se reunió un grupo de personas que venían del viejo mundo, pero compartían un mismo sueño: la esperanza de fundar más que una ciudad una tierra de oportunidad.

No cabe duda alguna que a lo largo de estos casi 500 años que han pasado desde la fundación se han vivido una infinidad de acontecimientos que han tenido como protagonistas a mujeres y hombres de todas las edades, algunos han destacado para pasar a la posteridad como es la recordada batalla del 05 de mayo de 1862; o la gesta heroica que realizaron los hermanos Serdán. Pero además de estos hechos que han marcado a la historia nacional, han logrado crear algo propio y único que se puede apreciar en cada esquina, en sus calles, en sus artesanías tan admirables como la cerámica de talavera, en sus tradiciones que poseen cada barrio y junta auxiliar, y en sus sabores que ofrece.



Por esta razón al recorrer las calles del Centro Histórico de Puebla es tener la oportunidad de apreciar las decenas de obras arquitectónicas que muestran la historia del país; cada uno de los inmuebles, resguarda en sus muros interesantes historias y secretos que ha dado paso a la creación de diversas leyendas que se han transmitido de generación en generación, tales como: el callejón del muerto, la fuente de los muñecos, el puente de Ovando, la casa del que mató al animal, la casa de los enanos, la casa del perro, la china poblana, entre otras más.





Pero cada casona tiene su propios encantos que muestran cada época, como son aquellas con fachadas que dejan ver el estilo único de la arquitectura novohispana, la cual se caracterizó por la armónica mezcla de la talavera, ladrillo, cantera, argamasa y relieves de gran belleza que convirtieron en un referentes artístico para la Puebla virreinal, en conjunto con su magnífica y emblemática catedral barroca que con sus imponentes torres, es algo de admirar.



De mismo modo sobresalen algunas construcciones entre las demás, por su estilo tan particular que nos recuerda aquellos tiempos en los que reinaba el glamur y la galantería en la angelical ciudad de Puebla, como resultado de “la modernización” que fomentó la época del “orden y el progreso”, que representó el gobierno del General don Porfirio Díaz.



Además es durante este periodo en el que se caracterizó por la manera de vivir afrancesado, considerando que su impacto se vio reflejado en la vestimenta; la diversión y entretenimiento como la llegada de los nuevos servicios tales como restaurantes, cafés, cines; la creación de alamedas y jardines, los cuales son pensados como espacios recreativos para las familias, hay tenemos el caso de lo que fue el estanque de los pescaditos; se llevaron a cabo nuevos eventos sociales como el tradicional combate de las Flores, los grandes banquetes o los vals; y por ende llegó una nueva arquitectura. Algunos referente de la arquitectura porfiriana en la ciudad de Puebla es la mansión Giacopello (casa de los enanos) Casa Presno, Casa de la Reina, el edificio Francés de Puebla, el ex mercado de la Victoria y el propio Palacio Municipal, etc.



Fotografía



Asimismo no podemos dejar de lado su deliciosa gastronomía como son los Chiles en Nogada, el mole poblano, las chalupitas, y las cemitas; asimismo otra cosa que distingue a la Puebla son su dulces típicos, los cuales son considerados una delicia desde la época Colonial como son los tradicionales camotes, borrachitos y las tortitas de Santa Clara.



La ciudad de Puebla se mira con amor quienes aquí vivimos, sabemos que entre más se conoce a la ciudad más se le quiere, porque cuando son las y los poblanos quienes sienten suya a la ciudad su pasado cobra vida; aunque muchas veces pasa desapercibido cada detalle para la mayoría de nosotros. Ante todo esto es un buen momento para que nos acerquemos a visitar y redescubrir su historia, su legado y su patrimonio que nos emocione cada lugar que visitamos y que esta experiencia crezca.





Minificación

Gardenia

Edna Yvonne Hernández Diego
Lingüística y literatura hispánica

Soy un hombre enfermo. O al menos me siento enfermo. La que hoy es mi cama, no me ayuda a sanar y creo que nunca lo hará. Mi aspecto no es el mejor, por eso me han encerrado aquí. No los culpo, soy nauseabundo. Mi pelo se está cayendo, mis ojos están hundidos, mi piel está más arrugada que nunca. No he tomado un baño en meses y huelo terrible. Estoy solo. No hay nada que me entretenga y nadie viene a verme. Me han dejado en el olvido. Lo único que me reconforta es el olor de las flores, aunque nunca las veo. Sospecho que florece una gardenia a mi lado, o sobre mí. No lo sé. La tierra que me cubre es bastante pesada y no me deja salir.

Olores

Adamary Tecpoyotl Cadena
Lingüística y literatura hispánica

En aquellos años de pasividad en donde todo huele a medicación y canela. Alguien descubre la verdad de su propia existencia. Recuerda aquellos días con un aroma dulzón, esas manos tibias y esas sábanas limpias. El olor agrio y ácido le recuerdan las discusiones con su madre aquella mujer que olía a vainilla y libros viejos. Esas tardes agridulces en que quería comerse al mundo, pero su boca era demasiado pequeña y su mente muy ingenua. Llegan a él los olores raros y con ellos nuevas memorias tan inmensas como una alberca. Huellas que lo dejaron seco, recordando que ya era viejo; comprendiendo ese aroma a comida rancia y seca. La vida había pasado y como vela de altar se estaba quemando. Lo último que le quedaba era decir –“que buena vida, que buena fue, despreciada y querida por mi lo fue”-.

Chateaubriand

Escuchando por última vez el retumbar de mi alma que todos los días me llamaba, caminé por esa arena blanquecina. El mar la estaba llamando y mi alma se alejaba entre las olas que la invocaban. En esos granos de arena que me rodeaban caí dormido. Mi cuerpo quedó sepultado en una lápida sin nombre, sobre una cruz de piedra. El mar al que tanto amé guarda a mi alma y la arena me abraza. Siendo divididos, estando cerca y lejos al mismo tiempo.

Perdiendo el tiempo

María Fernanda Agüero Fernández
Lingüística y literatura hispánica

“Don’t be afraid, it will be alright
I will change your whole life tonight”
Pulp

Estoy viendo la flama de la vela moverse y la cara emocionada de todos los que miran, sonrisas fingidas y aprecio que no existe. Pienso en el pasar de los años y en los recuerdos que acumulé, siento una nostalgia, no estoy feliz ¿quién puede estar feliz?

-Ya soplale a la vela, Carlos.

Resignado, tomo aire: La vela se apagó y la mujer más animada de la sala toma mi mano.

-Felicidades, pocos son capaces de apagar la llama de su vida-.

Me dice coqueta la muerte mientras me lleva de la mano.





Dibujo

¿Podrías quedarte?



María Fernanda Bringas Pérez
Lingüística y literatura hispánica



Poesía

Inmersión

Ayer las cosas perdieron su nombre,
lo dejaron regado en el cesto de la ropa sucia,
en el rincón polvoriento del cajón más olvidado,
entre las hendiduras del suelo que se abre a la tierra.

Las cosas ya no tienen nombre,
lo espantaste con el humo del verde suspiro.
Está escondido detrás de la oreja,
en la lectura de los astros hostiles.

No quedan las palabras,
tan sólo la memoria de sus himnos.
Puedes hallarlos en el encuentro silencioso de los recuerdos,
tras el misticismo de las noches de niebla,
debajo de la huella de la oruga,
en el mentón elevado del cadáver.

Podrías buscar los nombres en el petricor de la tarde nubarrrosa,
en la morfología de la lengua de tu ombligo,
detrás del discurso universal de los lunares obscenos,
o en el exceso visible de los cabellos perdidos.

Las cosas ya no tienen nombre
y con ello,
queda el vacío de los gritos matinales.
Vienes con las flores marchitas de eucalipto.
Detente.
Es tarde para levantar los girasoles.

Alejandra Gabriela Durán Escamilla
Doctorado en Literatura Hispanoamericana

Jugar con una piedra

Y ahí vas
Te anochece
Estás del otro lado y de regreso
Y buscas la caricia
El agua cotidiana.
Tu vida temblorosa detrás de la ventana.
Tu vida
Está besando el polvo
La habitación,
La calma que despeina
La resaca.
Abres con tus ojos la roca, la luz, el destino.
Golpeas con el pecho en contra de las sábanas.
Dejas cicatrices al colchón.
Despellejándote.
Deshojándote.
Quitás los estigmas de tus muslos.
Escupes el recuerdo de las horas pensando menos.
Pesando más.
Tus pestañas no embonan
Insisten, pero no vienen de las mismas aguas.
Las nubes ocultaron su boca.
El sol quedó en sus hombros.
Sus ojos se vaciaron en tus cristales.
Adivinaste el sabor de su aliento on una cucharada de jarabes.
El olor de su cabello.
El del aire.
Sentiste los minutos de sus días,
La noche con su amante.
Y antes de volverte un muerto las bombillas reflexionan.
Y las borrachas arañas y los vagones de recuerdos,
Compiten para verte detrás del polvo.
Y sales de ahí contigo, limpio y transparente.
Y miras que el deseo es el deseo y nada más
Entonces nada surge de una mujer que amaneció contigo sin su cuerpo
Contigo entre los dedos sin su piel
Y sin poner pisada en tu corazón resbaladizo.
Una mujer se cae...
Pero así es el amor: como niño pretendiendo jugar a la pelota
Con una piedra.

Ángel Cabrera y Mendiola
Lingüística y Literatura Hispánica

Escribiendo en la ciudad

Estoy lista para intentarlo, nueva historia contigo.
Mamá se encuentra feliz por la noticia.
Compre todos los labiales de temporada.
Llore un domingo por la noche.
Acaso ¿las grandes historias de amor jamás tendrán fin?

Por qué no se sabe no se sabe no.
Si ¿estaremos juntos después del verano?
Si ¿llegaras a amarme como Oli a Elio?... Amor.

Éramos solo dos desconocidos,
cuando me alentaste de la pena y el dolor.
Tu valentía fue más grande que tu miedo a que yo respondiera con un «no».
En la defensa de los caídos, no existe razón para volver con ninguno de los tres.
Solo hay una oportunidad, trata de ser original.

Conocer chicos en el ciberespacio jamás pasará de moda.
Existe demasiada gente atractiva pero muy poca gente interesante,
aunque es una alternativa para olvidar la soledad.
Esos encuentros nunca terminan bien.
Yo tengo las cartas a mi favor para ganar tu atención.
Porque no se sabe no se sabe no.
Si ¿abriremos nuestros regalos de navidad?

Éramos solo dos desconocidos,
cuando me alentaste de la pena y el dolor.
Tu valentía fue más grande que tu miedo a que yo respondiera con un «no».
En la defensa de los caídos, no existe razón para volver con ninguno de los tres.
Solo hay una oportunidad, trata de ser original.

Mentiras, odio, rencor.
Siempre existirá un público que sólo le importe la vida de los demás.
¡Señor, líbranos de todo mal!

Éramos solo dos desconocidos,
cuando coincidimos en aquel centro comercial.
Ven y continúa besándome.
Aprendiste muy bien de mi.
En la defensa de los caídos, no existe razón para volver con ninguno de los tres.
Solo hay una oportunidad, trata de ser original.

Eduardo Bautista Martínez
Lingüística y Literatura Hispánica

Verano anticipado

Eres la mejor versión de quién eres tú:
yo tu amor tu eterno admirador.
Puedes robarme los besos que necesites
ilumino tu camino con mi aura veloz.

Tal vez no logramos estar juntos en el pasado:
pero el verano comienza anticipado
y con ello nuestra pasión.

Puesta de sol incandescente
luna de seducción
ven y recoge mis oraciones en tu honor
que mis lágrimas no son de dolor.
Convertiste mis miedos en valor con toda la intención.
Eres jodidamente imperfecto tu mi gran devoción.

Sabes bailar, nené lo haces muy bien
muévete una vez más que la noche te sostendrá.
El limbo es posible gracias a tu inocente y tierna compasión
la vieja escuela terminó así que guarda los libros
y conduce al paraíso azul.
Si tan solo nos quedamos más tiempo
te darás cuenta que no miento
yo te quiero.
Seguiré contigo, contigo, contigo hasta el final...

Puesta de sol incandescente
luna de seducción
ven y recoge mis oraciones en tu honor
que mis lágrimas no son de dolor.
Convertiste mis miedos en valor con toda la intención.
Eres jodidamente imperfecto tu mi gran devoción.

Puesta de sol incandescente
luna de seducción
ven y recoge mis oraciones en tu honor
que mis lágrimas no son de dolor.
Convertiste mis miedos en valor con toda la intención.
Eres jodidamente imperfecto tu mi gran devoción.

Eduardo Bautista Martínez
Lingüística y Literatura Hispánica

Confesiones

I Las hojas de los árboles cayeron

No lo sabes, pero tus manos
son el suelo donde mi corazón habita.
La atmósfera me rompe los tímpanos
y sólo cuando estás, mi pecho respira.

No lo sabes, pero en este día
las hojas de los árboles cayeron.
Hoy me sonrió el sol con alegría.
Hojas, pecho, tierra, mi felicidad sobre el cielo.

¿Lo sabes? No te pido nada.
No te pido que el agua de tu cielo
caiga en los frutos de mi granada.

Pido que las flores no pierdan su color grana.
Que el cielo no se nuble.
Que la luz de la indiferencia
no me alumbré la cara.

II Tus brazos, ese hogar

Antes de salir a caminar empaco tu presencia.
Empaco tus miradas que no me miran.
En la oscuridad más brumosa que me roba la paciencia,
Son tus brazos, luz que en mi torso brillan.

Más de una vez he besado una sombra.
La sombra que dejaste. Me he abrazado a ella
para que mi alma no se esconda
y no deje al corazón triste, desolado.

Tus brazos, una patria desconocida.
Pero a la que siempre quiero regresar.
El lugar donde no ha comenzado mi vida.
Pero donde me gustaría que pudiera terminar.

Los cerros protegen. Nadie lo dice.
Tus brazos, ese hogar. No te lo diré.
Lo escribo casi incomprensible.

Las flores huelen a ti, te siento en la brisa.
Tengo ganas de que me apachurres a tu alma.
Cuando el cielo se apaga, hoy, mañana, toda la vida.

Rodrigo Martínez Flores
Filosofía

Cinco patios
Revista estudiantil de la FFYL-BUAP,
Año 1 | Número 2 | Primavera 2022
se
terminó
de
editar
en
el
mes
de
mayo.



